

SOR JOAQUINA DEL SALVADOR. MEMORIA DE UN CONVENTO SALMANTINO EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

TOMÁS PÉREZ DELGADO*

RESUMEN: El presente trabajo se centra en el análisis de las condiciones de vida existentes en Salamanca durante la Guerra de Independencia Española (1808-1814), tal como fueron percibidas por una cronista femenina, monja del Convento Carmelita de la ciudad. Las memorias de esta mujer, sobre las que está basado el artículo, se incluyen también al final del texto.

SUMMARY: The present study is focussed on analysis of living conditions existing in Salamanca during the Spanish War of Independence (1808-1814), as were perceived by a female chronicler, a nun in the city's Carmelite Convent. The memoirs of this woman, text on which this essay is based, are also included.

PALABRAS CLAVE: Memorias / Género / Historia local / Guerra de Independencia Española.

* Universidad de Salamanca. Facultad de Geografía e Historia.

NACIMIENTO DE UNA NACIÓN

No es nada extraño que el período napoleónico haya sido siempre terreno propicio a la inspiración literaria. Es más, sus perfiles épicos son tan pronunciados que autores como Tolstoi, Mérimée, Baroja, Galdós o Malraux lo abordaron amalgamando siempre imaginación creativa y realidad histórica. Es muy sintomático también que el maestro de la *novela fantástica*, Leo Perutz, eligiera la Guerra de Independencia española como laboratorio en el que realizar la metamorfosis de su *Marqués de Bolívar*.

Recientemente, un cierto *boom* de la novela histórica ha vuelto a popularizar en España aquel viejo mundo, nunca del todo olvidado. Aunque en unos casos, como en el relato de Pérez Reverte sobre los españoles que combatieron en Rusia, no se vaya mucho más allá de un insulso trabajo periodístico, carente de información. Y en otros, como en las dos novelas de Vallejo-Nájera sobre José Bonaparte, la abundancia y profesoral manejo de documentación agosten el nervio narrativo.

Mayor exigencia y mejores resultados obtienen *El cuarzo rojo de Salamanca* y *El bobo ilustrado*, de Luciano González Egido y José Antonio Gabriel y Galán, respectivamente. Siguiendo la peripecia vital de un joven estudiante, en el primer caso, y la de un indolente boticario, en el segundo, ambos autores reconstruyen eficazmente aquel período germinal de nuestro siglo XIX.

Germinal y decisivo, pues en él apareció en la Historia la nación española. Y decimos *apareció*, porque las naciones no son realidades naturales, basadas en hechos *objetivos* como la lengua o la etnia. Sino que, por el contrario, son creaciones histórico-culturales, que se asientan en algo tan *subjetivo* como la voluntad de una población en proclamar su identidad común y su decisión de constituirse en entidad política independiente, capaz de controlar un espacio geográfico considerado como exclusivamente propio. Así pues, la nación *aparece* o se constituye en la medida en que una comunidad se afirma como tal a los ojos del mundo.

En el caso de Francia, fue el régimen revolucionario de 1792-93, asediado por la guerra exterior y la contrarrevolución interna, el primero en recurrir en Europa a un tipo nuevo de retórica para movilizar a la población en su defensa. Los portavoces de la Convención apelaron con éxito a la *nación en armas* y lograron arrastrar tras de sí, con la eficacia que es bien conocida, a la inmensa mayoría de los franceses. En aquel discurso de los convencionales se fundieron las antiguas solidaridades prenacionales desarrolladas por la Monarquía, las herencias del racionalismo ilustrado, un incipiente romanticismo y la tradicional apelación al *pueblo* como entidad sacrosanta e infalible políticamente.

Se consolidó con ello la nueva legitimidad revolucionaria, con la exaltación de la común pertenencia de todos a una colectividad llamada *Francia*, por cuya fusión había trabajado de modo continuo, aunque imperfecto, la dinastía borbónica.

En España fue la guerra napoleónica la que produjo la eclosión nacional. Nuestro país era una vieja Monarquía, con unas fronteras exteriores estables y con una heterogeneidad cultural y política que desde Felipe V se había visto extraordinariamente reducida. La generalidad de la resistencia a la invasión francesa del año 8

—con la menguada excepción de los *afrancesados*— dio lugar a una interpretación de la guerra como gesta de *independencia nacional* en la que había participado de manera unánime toda España.

La nación, pues, se convertía en una realidad indiscutible. Y de ello fueron expresión la Junta Central y las Cortes Generales y Extraordinarias, constituidas ambas al calor del alzamiento revolucionario con el que se respondió a la invasión extranjera y al exilio forzado de la familia real.

Desde luego, no ha vuelto a haber nunca un sentimiento tan compartido de pertenencia a la misma comunidad política como el que dominó a los españoles de 1808 a 1814. Fue tan intenso que, por lo menos hasta la revolución de septiembre de 1868, no se oyeron voces reivindicadoras de solidaridades locales, salvo en el carlismo, con su conocida y obstinada defensa de la foralidad tradicional.

Por eso no hay nada de extraño en el actual revival literario de la Guerra de Independencia, que ya cautivó en su momento la imaginación artística de los románticos europeos.

HISTORIA POPULAR

Pero más acá de la creación literaria y de juicios globales sobre la etapa de 1808 a 1814, podemos preguntarnos: ¿qué experiencias vivieron los españoles durante aquellos trascendentales años? ¿cómo percibieron lo que finalmente todo el mundo acabó llamando *Guerra de la Independencia*, período, al decir del Conde de Toreno, “no muy largo en días, pero fecundo en sucesos notables”?¹

Las respuestas a tales preguntas se hallan básicamente en la rica historiografía existente sobre el período. Pero aún quedan materiales documentales por explorar. Acogidos al silencio de los archivos, duermen apaciblemente papeles llenos de historias reales, escritas por hombres y mujeres de carne y hueso, deseosos de recordar una época que consideraron excepcional.

Nos referimos a una serie documental muy variada, emanada de sectores populares y clases culturalmente subalternas, que llega directamente a nosotros desde los archivos, sin intermediarios. Se trata de autobiografías que no fueron escritas para ser editadas, de diarios y memorias personales sin ambición editorial. Textos modestos, como sus autores, muy diferentes de la amplia literatura memorialística debida a la pluma de protagonistas más o menos destacados de la época².

En todo este tipo de documentos se relatan las peripecias individuales de sus autores, los acontecimientos en que se vieron implicados y el punto de vista adop-

1. Toreno, Conde de, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, Ediciones de La Correspondencia de España, 1862, tomo V, libro XIV, p. 167.

Vid también Álvarez Junco, José: “La invención de la Guerra de la Independencia”, *Studia Historica*, Historia Contemporánea, vol. 12, 1994, pp. 75-101.

2. Un interesante trabajo que analiza la literatura de los protagonistas franceses es el debido a Farias, R.: *Memorias de la Guerra de Independencia escritas por soldados franceses*, Editorial Hispano-Americana, Madrid, 1919.

tado ante los mismos. Pero su valor, con ser mucho, trasciende lo particular. Ya que, justamente por tratarse de recuerdos de gentes de condición común, tienen la virtualidad de reflejar situaciones, opiniones y sentimientos muy generales³.

La ventaja que ofrece la utilización de esta clase de fuentes es la de su franqueza e inmediatez expresiva: se tiene acceso directo a gentes del pasado, que exponen sus historias con sus propias palabras. No hay, pues, la dificultad de los textos documentales escritos por extraños o eruditos, a los que necesariamente se tienen que aplicar sutiles métodos de lectura interpretativa.

El documento que presentamos al final de estas notas introductorias se integra en este tipo de *literatura personal*. Su autora lo considera una “corónica”. Y ciertamente lo es. Se trata de una *crónica*, del relato de unos sucesos hecho por una persona coetánea a los mismos, que se esfuerza por reconstruir las cosas *tal como fueron*. Y es también un texto de origen *oral*: la autobiografía del Carmelo de Salamanca durante la Guerra de Independencia, tal como se recogió por escrito de la narración hecha por una de las monjas.

Está escrito simultáneamente en primera y en tercera persona. Y es la historia de los avatares sufridos por las carmelitas de 1808 a 1813, es decir, “en tiempo de los franceses”. Su autora es la madre Priora de 1817, sor Joaquina del Salvador, quien hizo su relato ante testigos y por consejo de los “reverendos padres preladados” del convento. Se leyó el texto a toda la comunidad el 16 de enero de 1817 y al día siguiente lo rubricaron su autora y varias monjas más, tras efectuar algún añadido de importancia, como el alusivo a la explosión de las municiones del fuerte de S.Vicente, en 1812.

Portera durante la Guerra de la Independencia, sor Joaquina del Salvador asistió a la Priora de aquel entonces en “los lances” y “trabajos” padecidos en aquellos convulsos años. Por ello no duda en manifestar que todo lo dicho “lo podría jurar”, pues lo presenció u oyó. Y considerando a su convento una unidad histórica, traza su ajetreada biografía.

Sor Joaquina del Salvador *dictó* su “razón de los sucedido en tiempo de los franceses”. Ella contaba y otra persona escribía, lo que hace suponer que no estamos ante una monja letrada, interesada por lo tanto en una elaboración literaria del propio discurso. Nos hallamos ante una carmelita de formación cultural muy pobre, sencilla portera durante la Guerra, que garabetea su firma al final del documento con no poca dificultad, pero que estaba dotada de una viva inteligencia natural para expresarse con notable gracia en un chispeante castellano.

En su crónica se combinan, pues, una cultura modesta, de nivel popular, con una bien visible viveza intelectual. Y en proporción tan equilibrada, que hacen imperiosa su publicación. Como arqueológico rescate, además, del silencio de los hombres y mujeres comunes de la época, que si era habitual en el caso de los primeros, resultaba estremecedor en el de las segundas.

3. Vid. Plummer, K., *Los documentos personales*, Madrid, siglo XXI, 1989.

En cualquier caso, como ha señalado James S. Amelang⁴, siempre es una persona poco común la que se decide a fijar por escrito sus recuerdos, o a narrarlos para que otros los trasladen al papel. Y nuestra monja fue plenamente consciente de que la grandeza y excepcional importancia de los “lances” vividos los hacía dignos de recordación. Leyendo el texto se advierte una *conciencia histórica*, en sentido estricto, que se manifiesta en el deseo de legar a generaciones venideras una guía memorial de las experiencias padecidas y de fijar, como en acta notarial, detalles, momentos, personas, sentimientos, juicios e ideas.

Por eso su relato está tan lleno de información sobre sucesos militares, condiciones materiales y espirituales de vida, actitudes de personas de muy diferente condición, así como sobre el impacto que la guerra y la revolución introdujeron en el ritmo de unas existencias deseosas de estabilidad.

Pero si la crónica que nos ocupa puede calificarse de *historia personal*, también merece ser considerado un típico documento de historia *popular*, por más que su autora fuera la Priora del Carmelo cuando se formalizó por escrito su narración. Nos encontramos, además, ante una muestra de cultura *oral*, felizmente salvaguardada por la palabra escrita, que actúa como un soporte de transmisión casi idéntico al magnetófono que hoy emplea el cultivador de la *historia oral*.

Pero ya hemos apuntado que nuestra monja, como si pretendiera anticiparse a la preceptiva de un Ranke, por ejemplo, se esfuerza por contar las cosas *tal como fueron*. No hay discursos ideológicos explícitos. Ni sobre la condición femenina, ni sobre el alzamiento popular que dio origen a la guerra, ni mucho menos sobre la obra de transformación revolucionaria llevada a cabo por las Cortes de Cádiz. Y puesto que la frontera cronológica de su *crónica* se sitúa en 1813, tampoco hay referencias a la restauración absolutista de 1814. Aunque la alusión a la procesión del día de Sta. Teresa de 1815 transpire no sólo alegría por la vuelta de los religiosos a sus conventos, sino también gozo por la escenificación simbólica del retorno de la alianza entre el Trono y el Altar.

No hay que esperar tampoco que en la *razón* de sor Joaquina del Salvador podamos encontrar las curiosidades, creencias y complejas configuraciones del mundo cultural de las clases populares. Al fin y al cabo se trata de una religiosa que llega a Priora y que, por tanto, se ajusta a los patrones comunes de ortodoxia en su medio. Pero eso reviste precisamente a su narración de un valor suplementario. Y es que hay un cierto afán en la historiografía social del mundo preindustrial por rebuscar en los casos límite y excepcionales, justamente porque son discordantes de los parámetros de la común normalidad de la mayoría. Lo que no deja de ser una distorsión del punto de vista del historiador, que sólo se justifica por la tendencia de este tipo de historiografía a utilizar fuentes que tienen mucho que ver con lo que se ha llamado *archivos de la represión*⁵.

4. Cfr. Amelang, J.S.: “El pueblo y su cultura: aproximaciones históricas”, en María Helena Da Cruz Coelho y otros, *Pueblos, naciones y estados en la historia*, ed. Universidad de Salamanca, 1994, pp. 97-107.

5. Vid. Le Roy Ladurie, E.: *La bruja de Jasmin*, Barcelona, Argos Vergara, 1984; Ginzburg, C., *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981; Davis, Natalie Z., *El regreso de Martin Guerre*,

Pero la cercanía temporal de lo narrado a lo históricamente acontecido, así como la voluntad de nuestra carmelita por transmitir fielmente los acontecimientos hacen que su crónica esté horra de adscripciones ideológicas precisas. No es un texto que enjuicie desde categorías liberales o reaccionarias la Guerra de la Independencia y la Revolución que la acompañó. Intenta sólo contar lo que ella “vio” u “oyó”. Y es aquí donde su relato alcanza su mayor dimensión, pues se convierte, sin pretenderlo, en un claro espejo de las actitudes y valores de la inmensa mayoría de la gente de entonces, que tampoco tenía el nivel de instrucción suficiente como para expresar sus vivencias bajo categorías ideológicas.

Sin embargo, sí hay una clara frontera divisoria de personajes, situaciones o valores. Y es la que separaba a los *nuestros* del *francés*. Aunque en ambos mundos trató sor Joaquina de captar diferencias y matices múltiples. Ya que, junto a la causa nacional, su patrón de referencias básicas era la influencia que cualquier circunstancia pudiera tener sobre la recoleta comunidad carmelita y su reglada vida tradicional. No supo que los *trabajos* padecidos por su comunidad formaron parte de una *revolución* nacional, aunque sí entendió, y muy bien, que fueron la consecuencia de una guerra en la que se jugó la independencia de España.

Por eso, aunque sor Joaquina del Salvador pretenda ajustarse en todo momento a la pura verdad, sin anteojeras ideológicas, lo cierto es que su narración no deja de ser una *crónica hostil* de la invasión napoleónica. En este sentido, refleja el maridaje de elementos de la cultura religiosa de la época, que constituían un componente esencial del prenatalismo, con el nuevo sentimiento, propiamente nacional, que explotó durante la Guerra de Independencia y llevó a los españoles a considerarse integrantes de una comunidad política diferente de la hasta entonces definida por el hecho de ser católicos y súbditos del Rey. Una comunidad más radical, más antigua y duradera, que podía funcionar incluso sin alguno de sus componentes prenacionales, como demostraba la secularización impuesta por los ocupantes y el forzado exilio real.

LA GUERRA

La *crónica* de sor Joaquina del Salvador no arranca, como cualquier historia académica de la Guerra de la Independencia, de la conocida secuencia dramática: abdicación de Carlos IV, proclamación de Fernando VII y 2 de Mayo. Es decir, del escenario de marasmo que precedió e hizo posible la invasión francesa. Se inicia, por el contrario, en diciembre de 1808, con la llegada al Carmelo salmantino de las hermanas de Toro, que huían de la conmoción creada en esa zona por la ofensiva francesa de otoño de ese año.

Barcelona, Antoni Bosch, 1984 y Rodríguez Sánchez, A., *Hacerse nadie. Sometimiento, sexo y silencio en la España de finales del siglo XVI*, (en prensa).

Y es que después de Bailén, Napoleón había decidido destruir las fuerzas españolas desplegadas de Santander a Aragón, reocupar Madrid y expulsar de la Península al ejército británico de sir John Moore que, procedente de Portugal y La Coruña, se había agrupado en Salamanca y Valladolid para sostener los frutos de la victoria en Andalucía⁶.

Las carmelitas de Toro habían escapado de los franceses, igual que habían hecho todos los que querían huir de las atrocidades y el pillaje, que fueron el sello distintivo de la campaña dirigida personalmente por el Emperador. Según el teniente Rocca, marido de Mme. de Staël, que participó en la ofensiva, Napoleón buscaba provocar el terror, para despejar con ello el camino de su dominación política en España⁷.

Así pues, tras tomar Madrid, el Emperador se dirigió contra Moore. Mientras el esfuerzo principal lo concentraba en Valladolid y León, procedió al mismo tiempo a cortar al *leopardo inglés* cualquier posibilidad de retirada a Portugal por Salamanca y Ciudad Rodrigo.

Cuando la población salmantina se percató de la inminente llegada de tropas francesas, se sobresaltó, sobre todo la gente de Iglesia. Zahonero describe muy bien la situación: "Todo el vecindario, curas, frailes i monjas –dice– andaban por las calles disponiendo la huida, que se enllenaron los lugares inmediatos de gentes"⁸.

Sor Joaquina del Salvador precisa que el desasosiego duró desde el 13 al 16 de enero de 1809, cuando finalmente se personaron en Salamanca los franceses. Y refleja, igual que Zahonero, el temor que Napoleón despertaba en los conventos, pese a que su figura se había ligado en cierto momento a la restauración del catolicismo en Francia.

En este sentido, conviene recordar que los eclesiásticos españoles se habían implicado con ardor, al menos desde la Guerra contra la Convención, en la condena más radical de la revolución francesa, asumiendo como propia la versión que sobre ésta transmitían los clérigos refractarios exiliados en España. Para estos, la revolución, originada en el alejamiento de las élites de Francia con respecto a la Iglesia, no había podido tener otra consecuencia que la persecución religiosa y el regicidio⁹.

La difusión de semejante doctrina continuó en España incluso tras la reanudación, ya durante el Directorio, de la alianza entre el gobierno de Carlos IV y la

6. Cfr. Moore, J.C.: *Relato de la campaña del Ejército Británico en España mandado por S.E. el Teniente General John Moore, K.B. Escrita con arreglo a los documentos y cartas originales*, La Coruña, Excma. Diputación Provincial, 1987.

7. Cfr. Salcedo Ruiz, A. (ed.): *La Guerra de la Independencia contada por un oficial francés. Memorias de M. de Rocca*, Madrid, Imp. de la Revista de Archivos, 1908, pp. 26 y ss., 42 y ss., 60 y 68.

8. Iscar-Peyra, F.: *Ecos de la Francesada. (Las Memorias de Zahonero y Alegría)*, Madrid, Tip. Núñez Izquierdo, 1927, p. 124.

9. Sobre estos extremos resultan muy interesantes algunos estudios contenidos en el tomo 36-37 de *Estudios de Historia Social*, correspondiente a enero-junio de 1986. Se trata de un atractivo número monográfico dedicado a "La Revolución Francesa y la Península Ibérica".

Vid. asimismo los trabajos de Sáiz, M. D. y Varela, J., en Moral Sandoval, E. (Coord.): *España y la Revolución Francesa*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1989.

República Francesa. Y su eco consiguió llegar, desde púlpitos y confesionarios, hasta las parroquias más alejadas y los conventos más recónditos.

Era lógico, pues, que las carmelitas salmantinas identificaran a Napoleón, al fin y al cabo última de las encarnaciones revolucionarias, con la *persecución* y el *martirio*. Podían no estar muy informadas del alzamiento nacional de mayo-junio de 1808, ni de Bailén, ni del plan napoleónico de erradicar con rapidez el levantamiento español. Sor Joaquina no hace alusión a ello. Pero conocían, desde luego, las atrocidades cometidas por las tropas francesas contra sus hermanas de Rioseco, pues se las habían referido las carmelitas prófugas de Toro. Y no podían sino interpretarlas como la prueba fehaciente de cuanto sus confesores y prelados les habían explicado.

Por eso, ante el insistente rumor de la llegada a Salamanca de tropas imperiales, abandonaron su convento, situado extramuros, para dirigirse al de las Úrsulas, dentro de la muralla: “Tales cargos hicieron a la Prelada que dispuso el que la comunidad fuese a un convento dentro de la ciudad, por estar el nuestro fuera della”, dice Sor Joaquina. Sólo permanecieron en el Carmelo cuatro monjas, entre ellas nuestra cronista.

Pero la *deserción* sólo duró el corto espacio de una noche. Al clarear el día, todas retornaron a su Carmelo, sin miedo y disputas a morir: “En el día 16 de enero llegaron los franceses a Salamanca, estando las dos comunidades juntas [la de Salamanca y la de Toro] con ánimo de padecer martirio y disponiéndose para él en el coro, rezando la recomendación del alma y haciendo actos de todas las virtudes”.

De ahí su tremenda desilusión al descubrir el desinterés de los imperiales por otorgarles la preciada palma del sacrificio: “llaman a la puerta –sigue sor Joaquina– y, diciendo que los franceses han entrado de paz, era tanto el ferbor del martirio que respondió una: ¿qué, ahora salimos con eso?”.

Los franceses, pues, llegaron a Salamanca el 16 de enero, como dice nuestra crónica y corrobora Villar y Macías, que da puntual cuenta de las “inmoderadas exacciones”, la “intolerable carga de alojamientos” y la *fripponnerie* desatada por las tropas del general Montpetit. Tanto más crueles cuanto que se aplicaron a los “dóciles vecinos” de una ciudad que no opuso resistencia. Pese a ello, también aquí el mando francés realizó su “pedagogía del escarmiento”¹⁰.

No podía ser de otra manera, pues conocía perfectamente la buena acogida que Salamanca había dispensado al general Moore y a la partida del Empecinado. La ciudad había sido el lugar de la cita del militar británico y el guerrillero español. Juan Martínez Díaz había llevado a Moore valiosa información y este le había entregado los bastimentos que le permitirían campar durante meses al lado del ejército del Duque del Parque. Los franceses no vendrían, pues, demasiado bien predisuestos hacia los salmantinos.

Para las carmelitas, sin embargo, la ocupación imperial de Salamanca supuso la recuperación de una relativa normalidad. Su primera manifestación fue el retorno a su convento de las hermanas de Toro, el 25 de enero de 1809, “con licencia y pasaportes

10. *Cfr.* Villar y Macías, M.: *Historia de Salamanca*, Salamanca, Libr. Cervantes, Libro IX, pp. 17 y ss. Ver asimismo, Iscar-Peyra, F., *op. cit.*, pp. 124-126 y 128.

del francés”. Con todo, la inseguridad llevaría aún en febrero al Carmelo salmantino a otras “dos religiosas de Lerma, que andaban despatriadas y por los montes”.

Las huidas, los sobresaltos, el temor a tener que abandonar el convento, o tener que ceder parte del mismo para usos militares son el cúmulo de *trabajos* que Sor Joaquina del Salvador identifica con la *revolución*. Es decir, con el conjunto de alteraciones provocadas por la guerra, capaces de romper la clausura y la regularidad de la vida religiosa.

La que aparece como la mayor amenaza *revolucionaria* es la implicación con el ejército ocupante. La proximidad al cuartel establecido en el vecino convento de las Bernardas era, desde este punto de vista, un riesgo constante. Y ocasionalmente, el que se precisase la casa para alojar tropas, o para hospital, o que la huerta fuera requerida para cementerio. Alguna vez también hubo el peligro de que se efectuase un registro en busca de armas y de guerrilleros.

Siempre que en el convento aparecía personal militar francés, se observa la misma voluntad de retraimiento de las Carmelitas. Procuraban no dejarles pasar de la huerta “y nunca beían lo interior del convento, siempre con los rostros cubiertos y la campanilla por delante”. Desde luego, no se aprecia deseo alguno de colaboración. Como la mayoría de los salmantinos, las Carmelitas practicaron una *resistencia pasiva*¹¹. Incluso sor Joaquina del Salvador pone en su crónica un sutil y subliminal reparo a las limosnas hechas a su convento por personal civil francés.

Lo curioso –y expresivo del sentimiento nacional de las Carmelitas– es que su retraimiento se aplicó exclusivamente para con los franceses. Porque cuando la retirada a Portugal de Wellington, en noviembre de 1812, las Carmelitas cedieron el zaguán del convento a los británicos, como almacén de galleta y calzado. Lo que merece el siguiente comentario de sor Joaquina del Salvador: “estábamos muy contentas porque nos parecía estar seguras del enemigo”.

Así pues, la principal preocupación de las monjas fue defender su sistema de vida de las intromisiones francesas. Por eso, el mayor de los favores recibidos de la Providencia en estos duros años fue que “nunca permitió Dios entraran en el interior del convento, ni hacernos daño ninguno, siendo así que no dejamos de seguir con nuestra obediencia y cantar vísperas, misas y maytines los días que correspondían”.

Sor Joaquina del Salvador atestigua varios milagros –algo drásticos– operados por el cielo para salvaguardar la clausura del convento: quienes la amenazaban, por lo general acababan en el cementerio. A veces, la protección divina se manifestaba simplemente en la inesperada bondad del enemigo. Como cuando la inquietante visita del general Rouget¹², a quien desarmó contemplar el rigor de la vida Carmelita.

11. *Cfr.* Iscar-Peyra, F.: *Ibid.* p. 126.

12. Sor Joaquina del Salvador habla de un general *Royel*, que seguramente no es otro que Rouget, comandante de una de las divisiones de la Guardia integradas en el ejército del Norte, al mando de Dorsenne, trasladado a Salamanca en 1812 para sostener al ejército de Portugal en retirada y defender Ciudad Rodrigo de la acometida de Wellington.

Pero el instrumento habitual del auxilio divino sería la bondad salmantina. Singularmente, la de los profesores de la Universidad, respetados por el mando francés, pese a su apoyo al levantamiento nacional de mayo-junio de 1808.

En efecto, el Claustro universitario había apoyado en la primavera de 1808 la formación de la “Junta nombrada por el Pueblo”. Más adelante, satisfizo la voraz demanda de las tropas de Moore, entregando cereales, plata y oro, comprometiéndose con ello su patrimonio¹³. Incluso llegó a equipar una compañía estudiantil para hacer frente a “las hostilidades que experimenta la nación y la necesidad en que ésta se halla de defenderse y sacudir el yugo con que intenta subyugarla la Francia”¹⁴.

Sin embargo, tanto en ocasión de la llegada del general Montpetit, en enero de 1809, como en el posterior tránsito por Salamanca de los Cuerpos de Ejército de Mortier, Soult y Ney¹⁵, durante la primavera y verano del mismo año, la Universidad envió comisionados para ofrecerse a los comandantes franceses. Estos, deseosos de apoyo, siempre les trataron con consideración, recibéndolos inmediatamente y expresándoles la voluntad del Rey José y del propio Emperador de proteger la Universidad y distinguir a sus maestros. Incluso Soult y Mortier liberaron a la Universidad de la obligación de prestar *alojamiento* a sus tropas, tal como había ordenado el Corregidor Casaseca¹⁶. Es más, de la Universidad extraería el ocupante algunos cuadros de su enteca administración¹⁷.

Todo ello permitió que algunos profesores pudieran proteger a las carmelitas. En cierta ocasión –sor Joaquina del Salvador no precisa cuándo– “un señor de

El general Claude-Pierre Rouget inició su carrera militar en 1793 y participó en diversas campañas. De 1812 a 1814, intervino en el final de la de Portugal y en la de España. Era hermano de Rouget de l'Isle, autor de *La Marsellesa* y, en cierta ocasión, ya durante la Restauración, al preguntarle Luis XVIII por qué nunca mencionaba a su famoso hermano, respondió aludiendo al conocido himno revolucionario: “Es que tengo una terrible sobrina” (Tulard, J., *Dictionnaire Napoléon*, Librairie Arthème Fayard, París, 1989, pp. 1.479-1.480).

13. *Cfr. Libro de Claustros de la Universidad de Salamanca*, (en adelante *Libro de Claustros*), Archivo de la Universidad de Salamanca, (en adelante AUSA) 258, fols. 552, 555, 557, 558 y 607.

14. Según palabras del Alcalde salmantino, J.M. Puente, en el acto de entrega de los distintivos de la compañía a los estudiantes alistados. (*Libro de Claustros*, AUSA, fol. 564).

15. En más de una ocasión, Villar y Macías habla erróneamente de *divisiones*.

16. *Cfr. Libro de Claustros*, AUSA 259, fols. 47-48 y 115 y ss.

17. El Dr. Cantero fue Alcalde Mayor interino de Salamanca; el Dr. Casaseca llegó a ser Corregidor de la misma y Prefecto; el Dr. Martín de Oviedo, Alcalde del Crimen de Sevilla; y el Dr. Manuel Antonio Prieto, Alcalde Mayor de Salamanca (*Libro de Claustros*, fols. 149 y 272-273). También es conocido el episodio del doctorado de Thiébault: *Vid.* Amador y Carrandi, F.: *La Universidad de Salamanca en la Guerra de la Independencia*, Imp. Calatrava, Salamanca, 1956, pp. 115 y ss.

La lectura que hemos hecho de los Libros de Grados y de Claustro durante el período 1808-1814 nos ha llevado al convencimiento de que la Universidad salmantina desempeñó un papel *ambiguo* o *poco definido* frente a la ocupación, inspirado en la idea de defender los bienes de la Corporación y los de sus miembros ante las exigencias de los mandos franceses. Lo que no fue óbice para que la entrada de tropas españolas o aliadas en Salamanca se acompañase de comportamientos generosos del *Alma Mater*; aunque siempre atenuados por la constante preocupación de que no se vieran demasiado reducidas las rentas del personal universitario o de la propia institución.

carácter y catedrático”, fue quien, con sus gestiones, libró a las monjas de ser expulsadas de su convento y de que éste se transformase en cuartel.

No siempre, sin embargo, las gentes de la Universidad lograron éxito en sus gestiones. El Secretario de la misma, D. José Ledesma, no pudo convencer al oficial francés que alojaba en su casa de que era inapropiada su decisión de convertir el Carmelo Salmantino en hospital de convalescientes. Para que abandonara su plan se precisó su oportuna –y *milagrosa*– muerte.

Hay que añadir, sin embargo, que la ayuda a las Carmelitas no se redujo a tal o cual sector social. Colaboró toda la Ciudad, “pues habiendo intentado varias veces el hecharnos de nuestro convento par acuartelar a los soldados –apunta sor Joaquina–, salían los de la Ciudad a la defensa, ofreciendo sus casas y vienes”.

Posiblemente los casos que cita se produjeran en la primavera y el verano de 1809 ó 1810, cuando Salamanca fue punto de amplias concentraciones de tropas francesas, de paso a Extremadura, en el primer caso, y a Portugal, en el segundo. Los alojamientos eran, en ambas circunstancias, necesidad imperiosa y los conventos resultaban imprescindibles. Máxime, habida cuenta de que la Universidad quedó libre de tal carga.

Desde luego, el temor de las Carmelitas a las consecuencias de la ocupación fue constante. Porque ésta nunca pudo consolidarse y porque cuanto más inestable resultaba, más dañina se volvía. Y es que, durante toda la guerra, el ejército imperial no pudo dominar sus tres frentes de acción: combatir a ingleses y españoles en batallas campales, controlar los grandes núcleos de población y mantener libres de las partidas guerrilleras sus comunicaciones. Más aun, la prosecución simultánea de cada uno de esos objetivos haría inviable la consecución de cualquiera de ellos. Así, mientras que para ganar la guerra los franceses debían vencer en todos los frentes, a los españoles les bastaba no ser derrotados completamente en ninguno. De ahí la frustración constante de los mandos imperiales, traducida demasiado frecuentemente en brutalidades contra la población.

El ejército francés nunca logró dominar el territorio español, globalmente considerado. Salamanca, por ejemplo, tomada a mediados de enero de 1809, fue liberada el 2 de agosto del mismo año por la partida del Empeinado, que aprovechó la debilidad de la guarnición durante la batalla de Talavera y logró repeler también a los 300 dragones enviados desde Medina del Campo en socorro de la Plaza. El famoso guerrillero, que durante la acción en Extremadura había cruzado la cordillera y descendido hasta Plasencia para picar la rataguardia de los Cuerpos de Sout y Ney, se había empleado también en despejar de franceses la cuenca del Águeda, levantar las poblaciones de Baños y la Sierra de Francia y ocupar Salamanca¹⁸.

Poco después de su entrada en la ciudad –del 5 al 13 del mismo mes–, se le unirían en ella las tropas del Marqués de Castrotuerte, quien, sin embargo, se vio obligado a abandonarla el 14, ante la llegada del Cuerpo del mariscal Ney. Sin

18. Cfr. Gómez de Arteche y Moro, J.: *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814, op. cit.*, tomo VII, pp. 17-19.

embargo, algunos meses después, en otoño, Salamanca se veía de nuevo libre de los franceses, como consecuencia de las victorias del Duque del Parque en Tama- mes y Alba de Tormes.

Sor Joaquina del Salvador rememora una de estas ocasiones, en que “a las diez estaban montando [los franceses] a caballo y a las diez y media ya estaban los nues- tros ocupando el mismo sitio”. Tan bruscos cambios de decorado no podían tener otro efecto que el de acentuar la irritación de los invasores y, con ella, sus exac- ciones y brutalidad.

¡Bien recuerda nuestra monja la víspera de la Asunción del año 9, momento de la vuelta de Ney a que nos acabamos de referir! Los salmantinos vivieron momen- tos de pánico, singularmente los hombres de Iglesia. Los vinculados al convento carmelita sólo pensaron en escapar o esconderse. Ni siquiera tuvieron la precau- ción de consumir la Eucaristía, como habían hecho en enero, cuando la llegada de Montpetit. Sólo las monjas se preocuparon de evitar las consecuencias de posibles profanaciones, en lo que todo el mundo pensaba iba a ser un saqueo pavoroso.

La desmandada licencia de las tropas francesas surgía normalmente al constatar que no era posible mantener duraderamente el control de las poblaciones ya sometidas. Y cuando los guerrilleros causaban algún problema, lo habitual era que los registros acabasen originando crueles represalias contra la población. De ahí el temor de las carmelitas cuando –quizá en agosto de 1809– se produjo un intento de realizar pesquisas en su convento, a la búsqueda de armas y de *bergantes*, “que así llamaban [los franceses] a los de las guerrillas”.

La inquietud de los imperiales por las partidas era lógica. Bastaba su presencia ocasional e inopinada en un lugar, demostrando con ello su capacidad de apare- cer prácticamente en cualquier momento, para que los ocupantes no pudieran contar con la verdadera adhesión de la población y con su colaboración durable. Resultaban así prácticamente inviables para los franceses el control del territorio y su explotación económica, necesarios a la buena marcha de las operaciones de su ejército.

La guerrillas surgieron muy pronto. En fecha tan temprana como diciembre de 1808, el Gobierno Central, al establecer sus relaciones con las Juntas Provinciales, había dictado disposiciones reguladoras sobre las *partidas de guerrillas*, diferen- ciándolas de aquellas otras que, por componerse fundamentalmente de contra- bandistas, tomaron el nombre de *quadrillas*. Más adelante, por decreto de 17 de abril de 1809, la Junta Central apeló al *curso terrestre*, lo que facilitó sin duda que las partidas alcanzaran la eficacia combativa de la que hicieron gala hasta el final de la Guerra¹⁹.

Para erradicarlas, Napoleón destacó a España, siempre que pudo, fuertes con- tingentes de la Guardia Imperial. Mejor equipadas que el resto de las tropas, estas fuerzas de élite, que según Thiébault constituían un *ejército dentro del ejército*, reci- bieron la misión de actuar como punta de lanza en el aplastamiento de la insu-

19. *Ibid.*, pp. 10 y ss.

rrección popular y en el desaliento de la resistencia nacional. Pero en el cumplimiento de su tarea practicaron métodos tan expeditivos que, al decir de este general, crearon más enemigos de los que pudieron eliminar²⁰.

En 1811 se confió a uno de sus generales, Dorsenne²¹, el mando del Ejército del Norte, al que se agregaron varias unidades de la Guardia. Su objetivo sería el de apoyar al Ejército de Portugal en retirada, que había sido duramente castigado por Wellington en Fuentes de Oñoro. Las órdenes dadas a Dorsenne eran mantener la seguridad de la línea Salamanca-Ciudad Rodrigo y la de esta zona con Badajoz, a fin de garantizar la conexión con el Ejército de Andalucía.

En septiembre acamparon en las afueras de Salamanca 27.000 soldados de Dorsenne y la Guardia hizo honor a su fama. Su acampada dejó las afueras peladas de árboles, e incluso las tropas combatieron el fresco de las noches otoñales dejando sin puertas, ventanas y vigas un sinnúmero de casas de vecindad. Dice Zahonero que sus desmanes del 20 de septiembre fueron tales que el cielo los había anunciado ya con la presencia del “cometa aquel que apareció en el año de mil ochocientos siete”, el de “cabellera y barbas de figura de abanico roto”²².

Pero los drásticos métodos de la Guardia tampoco lograron asegurar la ocupación francesa de España. Ahora bien, por lo que a los salmantinos se refiere, la verdad es que eran presas del pánico siempre que su ciudad corría peligro inmediato de volver a ser tomada por los franceses.

Así aconteció sobre todo en 1812; primero, como consecuencia del avance de Wellington que culminó en la victoria de Los Arapiles y, después, como resultado de su retirada a Portugal, el 15 de noviembre del mismo año –que sor Joaquina de Salvador sitúa, erróneamente, en 1813–.

Según la crónica de nuestra carmelita, la incertidumbre ante el desenlace de la batalla de Los Arapiles provocó el espanto en Salamanca. Llegó a correr la especie de que los franceses habían entrado en la ciudad: “andaba la tropa francesa –dice– a ver cómo podía entrar en la ciudad, adonde la tenía el Ynglés por suya; y biniendo a entrar por fuerza, empezaron todas las gentes a dar boces y gritos: decían que estaban los franceses degollando a los havitantes del pueblo en medio de la Plaza y por las calles”.

Sin duda, el ambiente de ansiedad reflejado en el texto de sor Joaquina tenía mucho que ver con el enorme tráfico militar producido en aquella circunstancia

20. Cfr. Thiébault, Général Barón de, *Mémoires*, París, Hachette, 1962, pp. 342 y ss.

21. Gómez de Arce toma prestada de Thiébault la descripción de Dorsenne: “Hombre soberbio, antiguo y magnífico amante de madame d’Orsay, muy ridículo por el cuidado que ponía en su *toilette*, pero, a pesar de todo, amado por el Emperador a causa de sus fanfarronadas” (Gómez de Arce y Moro, J.: *Guerra de la Independencia*, op. cit., tomo XI, p. 285).

Thiébault, sin embargo, que habla de la *falta de seso* de Dorsenne, explica también la razón de la benevolencia de Napoleón para con un hombre al que promovió nada menos que a coronel general. El Emperador compartía lo que en cierta ocasión le había dicho Berthier, su Jefe de Estado Mayor, acerca del *grogard*: “Sire, es un hombre que Vuestra Majestad podrá enviar a la muerte cuando quiera” (Thiébault, Général Barón de, *Mémoires*, op. cit., p. 342).

22. Cfr. Villar y Macías, M.: op. cit., p. 39; Iscar-Peyra, F.: *Ibid.*, p. 192.

en Salamanca. La ciudad se había convertido en punto de apoyo fundamental del dispositivo inglés, en una batalla que Wellington consideraba trascendental para la campaña que le había llevado desde la raya de Portugal hasta el valle del Duero. Después de muchos titubeos, llegó al convencimiento de que en los Arapiles podía encontrarse el punto de inflexión definitivo de la guerra peninsular.

Wellington había preparado concienzudamente aquella campaña y, mediante hábiles movimientos, había logrado ocultar sus verdaderas intenciones. El mando francés ignoró hasta el último momento si Wellington partiría desde sus líneas en Portugal con dirección al Tajo, para caer después sobre Madrid, o si, por el contrario, seguiría el eje Ciudad Rodrigo-Salamanca-Valladolid, para amenazar de envolvimiento a la capital de España y obligar a abandonar Andalucía al ejército de Soult. Éste, por su parte, no descartaba –y trató de convencer de ello al Rey José– que la esperada ofensiva general aliada partiría de Cádiz, siendo los movimientos de Wellington meras añagazas de diversión.

Pero Wellington había elegido la opción de Ciudad Rodrigo porque le permitiría disgregar, en el terreno más favorable, el conjunto del dispositivo militar imperial en España. Su objetivo era batir a los restos del Ejército de Portugal, ahora a las órdenes de Marmont, ocupar Valladolid y Madrid y avanzar luego en dirección a la frontera gala. Para impedir el agrupamiento de las fuerzas francesas en su línea de ofensiva, había dispuesto también que en todos los frentes peninsulares las tropas españolas realizasen acciones diversivas de gran envergadura. Incluso la flota británica atacaría en el Cantábrico²³.

Así pues, tras ocupar Ciudad Rodrigo, lo que le valió a Wellington su título ducal, el 16 de junio los aliados avistaron Salamanca desde el arroyo de La Valmuza y entraron en la Plaza al día siguiente. Al tiempo que se dedicaban a la difícil empresa del sitio de los fuertes de San Cayetano, San Vicente y La Merced, que dieron diez días de respiro a Marmont para reagrupar sus tropas, seguían de cerca las marchas y contramarchas de éste. Hasta que al llegar el francés a Calvarrasa de Arriba el 21 de julio, en dirección a Alba, los aliados vieron peligrar la seguridad de sus comunicaciones con Ciudad Rodrigo.

Así se llegó al encuentro de Los Arapiles, que fue tan sangriento que perecieron o fueron heridos gran número de generales y jefes, incluidos Marmont y el propio Wellington. Los franceses perdieron entre 6 y 7.000 soldados, más 2.000 prisioneros y 11 piezas de artillería. Wellington, después de horas de tensión, había logrado quebrantar decisivamente la fuerza del ejército de Marmont.

La victoria aliada, pues, liberó a los salmantinos de su angustia. Después de los Arapiles, Wellington siguió a Valladolid, donde entró el 30 de julio, para continuar a Madrid, que liberó el 12 de agosto, obligando al Rey José a retirarse a Valencia. Marchó después sobre Burgos, que sitió, siendo en ese momento nombrado generalísimo aliado por las Cortes de Cádiz, de acuerdo con el Gabinete británico.

23. Una completa narración de toda la campaña, en Gómez de Arteche y Moro, J., *op. cit.* tomo XII, pp. 5 a 327. Asimismo, en Toreno, Conde de, *op. cit.*, tomo V, libro XV.

Sin embargo, a partir de septiembre, la presión conjunta de los ejércitos franceses del Norte, Portugal y Centro le obligó a desandar el camino, en una retirada bastante desordenada y no exenta de violencias contra la población española. El 15 de noviembre abandonó Salamanca (nuestra relatora dice que el 14) para establecer sus cuarteles de invierno entre Lamego y las sierras de Baños y Béjar.

En ese momento, la alarma que los salmantinos habían padecido unos meses antes renació y se convirtió en la antesala del terror. Con el retorno de los franceses, dispuestos una vez más a ajustar cuentas con una población que había recibido tan festiva como generosamente a sus libertadores, fue “tan grande la tribulación –dice sor Joaquina– que parecía día del Juicio, pues en aquella noche [la del 14, según ella] saquearon toda la ciudad y decían que los trabajos que hubo y cosas que hicieron que no se pueden saber hasta el día del Juicio”.

La nueva fase de ocupación, que se prolongó hasta la liberación definitiva, en la primavera de 1813, fue muy dura. En particular para los conventos. Disminuyó, por consiguiente, la tolerancia de que en otros momentos habían disfrutado las carmelitas. Nuestra relatora así lo indica, cuando explica el aislamiento del Carmelo y las dificultades puestas para entrar y salir de él libremente, incluso para hacer las compras imprescindibles.

Peor aún les fue a Úrsulas, Clarisas, Isabeles y Dueñas, obligadas a desalojar sus conventos en castigo por el impago de la exorbitante contribución que se les impuso. Exacción que se extendió también a particulares, instituciones y corporaciones salmantinas²⁴.

La extrema dureza de aquella guerra, sin embargo, no brotaba del fanatismo de los conventos, como ingenuamente creían los que la perdieron, incluido el Emperador²⁵. Como muy bien vio Rocca –es decir, su esposa, Mme. de Staël–, las guerras hasta entonces libradas por Napoleón en Europa lo habían sido contra ejércitos regulares; pero en España tenía que hacer frente a la resistencia del espíritu nacional de los españoles, conformado por un sentimiento de religión cívica, como el de los antiguos legionarios romanos, que les hacía invencibles²⁶.

Era el tipo de guerra que Toreno llamó *nacional*, para distinguirla de las *guerras de gabinete*²⁷. En éstas, una mera batalla podía bastar para decidir la suerte de la contienda. En las primeras, sin embargo, las operaciones podían eternizarse, pues gobierno y pueblo eran capaces de sostener el esfuerzo con todos los medios a su alcance, incluso alterando revolucionariamente las estructuras establecidas.

24. Cfr. Villar y Macías, M.: *Ibid.*, p. 52.

25. Napoleón, que llegó a decir a sus confidentes de Santa Elena que la “úlceras española” había sido “la causa primera de las desgracias de Francia”, se autocrítica a menudo por la disparatada evaluación que había hecho acerca del papel del clero. (Cfr. Las Cases, Conde de, *Memorial de Napoleón en Santa Elena*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 255, 371 y 375).

26. Cfr. Salcedo Ruiz, A.: *op. cit.*, p. 40.

Gómez de Arteché recalca que siempre que los españoles se vieron impelidos en su Historia a una *guerra defensiva*, la guerrilla se convirtió en una de las formas de combate más características (Gómez de Arteché y Moro, J., *Guerra de la Independencia*, *op. cit.*, tomo VII, p. 5).

Todo quedaba supeditado al supremo fin de poner en tensión la capacidad de resistencia.

Este tipo de *guerra nacional* provocó en Napoleón un espejismo que no le permitió comprender la permanente desproporción entre sus fuerzas y las alineadas realmente por la nación española y sus aliados anglo-portugueses, siempre globalmente superiores²⁸. Debido a ello, las tropas francesas estaban permanentemente sometidas a una constante tensión y “es lo cierto –dice Rocca– que, a pesar de los cantos de victoria de nuestros boletines, teníamos nosotros mismos un sentimiento confuso de incertidumbre sobre las ventajas que acabábamos de alcanzar; diríase que habíamos vencido a los volcanes”²⁹.

Agudizaba ese estado de ánimo la temible dureza con que se empleaban las guerrillas: los rezagados, los correos, o las patrullas francesas estaban constantemente a merced de su “fuego lento y devorador”, en el que se quemaba y aplacaba el ansia de “venganza nacional”³⁰. Su multiplicación, sin embargo, así como la dificultad para disciplinarlas, hizo que en muchos casos actuasen con notoria *licencia*. Además, puesto que la mayoría de los guerrilleros “pertenecían en general a las clases en que, por falta de luces, se muestran sus hombres más refractarios a la disciplina militar y a las ideas de orden (...), buscar en esas gentes armonía y subordinación era pura quimera”³¹. Pero al contar, pese a sus excesos, con la lealtad de la población, muchas guarniciones imperiales estaban permanente desprotegidas de hecho frente a ellas, salvo que se encerrasen en auténticas fortalezas, como sucedió en Salamanca a partir de 1810.

De poco servían, para enfrentarse a ellas, las tropas españolas que los franceses empleaban como contraguerrilla. En nuestro relato se las llama “jurados”, denominación derivada de que prestaban juramento de lealtad a José I. Se trataba de un instituto armado al que el Rey Intruso confió “la conservación del orden en los pueblos en que llegó, mal que bien, a organizarse”. Su autoridad y base principal de operaciones fue Madrid, donde se llegaron a organizar diez batallones, aunque también se crearon otros en las provincias del Centro, con el nombre de *Cazadores de Montaña* y con la finalidad de actuar como auxiliares o guías de las tropas francesas que perseguían a los guerrilleros³². Muchas veces se nutrían de prisioneros y su eficacia era menguada, pues eran muy propensos a la desertión. Tenían

27. Cfr. Toreno, Conde de: *op. cit.*, tomo II, libro VIII, p. 119.

28. Cfr. Marbot, Générál Barón de: *Memorias. Campañas de Napoleón en la Península Ibérica*, Madrid, Ed. Castalia, 1965, p. 147.

Por eso quizá resultó fatal al ejército imperial la aplicación del principio napoleónico de que “el arte de la guerra es exagerar las fuerzas de uno y rebajar las del enemigo” (Malraux, A., *Vida de Napoleón contada por él mismo*, Barcelona, Edhasa, 1993, p. 220).

29. Salcedo Ruiz, A.: *op. cit.*, p. 59-60.

30. Thiébauld describe cómo las columnas francesas, para avanzar seguras por las aparentemente cómodas llanuras de Castilla, tenían que proceder a la inspección del terreno por fuertes destacamentos de tiradores de vanguardia (Cfr. Thiébauld, Générál Barón de, *op. cit.*, pp., 324 y ss.).

Vid. asimismo Gómez de Arce y Moro, J.: *Guerra de la Independencia*, *op. cit.*, tomo VII, p. 7.

31. Arce y Moro, José de, *op. cit.*, tomo VII, p. 37.

32. *Ibid.*, tomo X, pp. 73-74.

una pésima fama y eran, según nuestra relatora, peor considerados que los mismos franceses³³.

Uno de estos *jurados* es el que se encarga, durante la última etapa de ocupación francesa de Salamanca, de garantizar la seguridad de las compras hechas por el sacristán de las carmelitas. A cambio, eso sí, de quedarse en cada operación de *protección* con una libra de pan.

Obligados, pues, a llevar su guerra en medio de la hostilidad de todo el país, los franceses no tenían más remedio que dotar a sus guarniciones de potentes medios defensivos. Su necesidad en Salamanca se puso en evidencia con las acciones del Empecinado y el Marqués de Castrofuerte, en agosto de 1809, así como con la ocupación de la ciudad por el Duque del Parque, a finales del mismo año, tras las batallas de Tamames y Alba.

Por ello, de 1810 a 1812, el ingeniero militar Gérard llevó a cabo en Salamanca la fortificación de S. Vicente, S. Cayetano y La Merced Calzada. En estos tres reducidos, convenientemente enlazados entre sí, podría refugiarse una guarnición de 800 soldados y 30 piezas artilleras, resistiendo sin problemas durante varios días –en espera de refuerzos– ataques como los efectuados por el Empecinado, el Marqués de Castrofuerte y el Duque del Parque.

El planteamiento era militarmente correcto y cuando Ney abandonó Salamanca a primeros de febrero de 1810, para tratar de conseguir la rendición de Ciudad Rodrigo, la guarnición pudo resistir refugiada en los muros de los fuertes la llegada de la división Millet y la vuelta de Ney³⁴.

Los tres fuertes, situados en la parte alta de la ciudad, vigilando el vado del Torres, debían también impedir con su fuego el merodeo por las afueras de las partidas y el que estas pudieran internarse sin riesgo en Salamanca, como había hecho la del Empecinado en agosto de 1809. Asimismo, podían servir de base para batir el territorio circundante y utilizarse de prisión ocasional de insurgentes y de morosos en el pago de contribuciones. Además, estarían en condiciones de desalentar hipotéticas insurrecciones de la población local, que podía ser castigada desde ellos con fuego artillero y de fusilería. Finalmente, podían albergar importantes almacenes de abastecimiento de tropas en campaña.

Pero las fortificaciones implicaron una destrucción ingente del patrimonio urbano. En primer lugar, se acondicionaron como reductos defensivos tres importantes monumentos, lo que les causó no pocos daños. Además, para enlazarlos

33. Según Villar y Macías, los “jurados” o “cívicos” fueron “una contraguerrilla odiada por el país, como era justo” (*Cfr.*, *op cit.*, p. 37). Lo que implicaba una eficacia muy limitada en sus tareas de contrainsurgencia.

34. *Cfr.* Villar y Macías, M.: *op. cit.*, p. 30.

Es bien conocido el notable desarrollo de la ingeniería militar napoleónica y el ascendiente que los oficiales de los Cuerpos de Ingenieros e Ingenieros Geógrafos, formados en centros elitistas como la Escuela Politécnica, tenían en los Estados Mayores de mariscales como Ney y Masséna que, por haber tenido una formación académica más bien escasa, eran muy sensibles a las sugerencias de estos técnicos (*Cfr.* Marbot, Général Barón de, *op. cit.*, pp. 127-128).

entre sí y dotar de visibilidad y ángulo de tiro a sus bocas de fuego, se derribaron de 1810 a 1812 infinidad de casas y varios edificios de gran valor artístico. Puesto que en muchos casos se trataba de sólidas construcciones, Gérard tuvo que realizar los derribos mediante minados subterráneos. La población, pese a que era avisada con bandos antes de las explosiones, se estremecía siempre que éstas se producían, pues anunciaban la cruel mutilación de su patrimonio y de su legado histórico³⁵.

El Conde de Toreno, Zahonero, Mesonero Romanos y Villar y Macías establecieron ya pormenorizadamente la cronología y el catálogo de las pérdidas. Se arruinaron el Colegio de Los Cayetanos, el de Cuenca, el de Oviedo, el Trilingüe, el de los Ángeles, el de los Comendadores de S. Blas, el del Rey, el militar de S. Juan y los conventos de S. Agustín y Sta. Ana, así como el nuevo Hospicio y parte de la iglesia de S. Bartolomé. Pero hay que subrayar también que los derribos supusieron daños económicos cuantiosos e inmediatos para un gran número de salmantinos, cuyas casas fueron destruidas.

La inseguridad que sentía la guarnición francesa causó también un notable daño en otras muchas grandes edificaciones. Temerosos de acudir por leña a las afueras, donde podían ser hostigados por las partidas, los franceses decidieron evitarlo abasteciéndose en casas, colegios, conventos y edificios públicos. Desmantelaron así vigas, puertas y ventanas de estos, contribuyendo por este medio a su rápido deterioro³⁶.

Cuando a mediados de junio de 1812 Wellington se aproximó a La Valmuza, ya cerca de Salamanca, el grueso de las fuerzas francesas se despidió de la ciudad incendiando el barrio de Los Milagros. Pero no acabó aquí el martirio arquitectónico. Los aliados no podían continuar sus operaciones con tranquilidad dejando a sus espaldas la guarnición gala de los tres reductos de La Merced, San Cayetano y San Vicente. Se emplearon, pues, en sitiarnos, ocasionando nuevos y decisivos quebrantos a la ciudad y a sus habitantes, al tratarse de “fortificaciones considerables, más importantes –al decir de Arteché– de lo que se figuraban los generales aliados”³⁷.

Según sor Joaquina del Salvador, las tropas británicas, portuguesas y españolas llegaron a Salamanca el 24 de junio de aquel año (lo que es ligeramente inexacto, pues lo hicieron en realidad el día 17). Ocuparon la ciudad y procedieron luego al sitio de los fortines. Wellington emplazó su artillería en diversos puntos estratégicos, uno de los cuales fue el convento de S. Bernardo, próximo al de las carmelitas, donde colocó una batería de cuatro piezas. A ello se refiere nuestra cronista cuando señala que “los franceses se metieron en un fuertín que tenían hecho enfrente del convento de S. Bernardo, adonde los Yngleses pusieron la artillería para combatir al enemigo”.

35. *Cfr.* Iscar-Peyra, F.: *op. cit.*, pp. 198-99.

36. Villar y Macías atribuye a este motivo el deterioro de La Vega, Los Mostenses, La Merced Calzada, Calatrava, Los Menores y otros varios edificios (*op. cit.*, p. 34).

37. Gómez de Arteché y Moro, J.: *op. cit.*, tomo XII, p. 36.

La respuesta desde los fuertes franceses al bombardeo aliado causó importantes destrozos en el convento carmelita, dada su proximidad al de S. Bernardo. Asimismo, impidió a las monjas todo sosiego durante los días que duró el sitio y las mantuvo aisladas de la ciudad. Sin embargo, como en otras ocasiones igualmente terribles, no las hizo desistir de su empeño de continuar su vida religiosa con normalidad.

Pero aparte los daños concretos del convento, el Carmelo salmantino compartió los sufrimientos de toda la ciudad. Nos referimos a la propagación del incendio del fuerte de S. Vicente y a la posterior explosión de las municiones que los franceses habían dejado en él, tras su rendición.

Quizá ambos eventos, muy próximos en el tiempo, se mezclasen en el recuerdo de Sor Joaquina del Salvador y, por tanto, en su detallista relato.

La verdad es que el fuego del fortín de S. Vicente fue consecuencia de su bombardeo con proyectiles incendiarios ingleses (la famosa *bala roja*). Las llamas alcanzaron enorme virulencia y tardaron muchas horas en poder ser dominadas. Era el 27 de junio, hacía calor y el fuego se propagó a varios puntos de la ciudad.

Sor Joaquina del Salvador señala en cierto instante de su narración que “vino una manta de fuego sobre nuestro convento... vimos el fuego entrar por todas partes... andubo el fuego toda la casa”. Todas las monjas lo vieron venir, “pues estaban unas en la huerta, otras en el jardín, todas atemorizadas y tendidas en el suelo”. Pasó incluso sobre unos proyectiles artilleros que estaban en la portería –producto, quizá, del bombardeo francés sobre la batería británica instalada en el vecino convento de San Bernardo– y que no habían explotado.

Pero al describir nuestra relatora el paseo por el Carmelo de estas lenguas de fuego, manifiesta que se produjo cuando “se boló el Almacén de la pólvora”. Y al detallar los daños sufridos por el convento, más parece que se refiere a los efectos de una onda expansiva que a los de un incendio (“quebró las puertas o batidores de la reja de la yglesia... y las bidrieras del arco, las de la yglesia, sacristía, todas las hizo mil mijas... la puerta del trono la lebantó... y los tejados”).

La catástrofe la fecha sor Joaquina del Salvador “en el día de la octava de S. Pedro y en el mismo año que se dio la Batalla” [de Los Arapiles]. Lo que coincide casi exactamente con el 6 de julio de 1812, que es la data ofrecida por Zahonero para la explosión de las municiones³⁸.

Parece claro, pues, que nuestra crónica unifica ambos sucesos. Pero la explosión de las municiones fue una catástrofe que nada tuvo que ver con el incendio de San Vicente. Y es que, mucho después de sofocado éste, Wellington ordenó sacar de los reductos que los franceses habían fortificado el stock de municiones allí almacenado, transportar parte del mismo a Ciudad Rodrigo y proceder luego a la inutilización de los fortines.

Las municiones se iban depositando en las calles de la Esgrima y la Sierpe, cuando se produjo un accidente nefasto: una serie de terribles explosiones en cadena causó un centenar de muertos, un gran número de heridos y escenas sobre-

38. *Cfr.* Iscar-Peyra, F.: *op. cit.*, p. 209.

cogedoras en la población, que pensaba que se trataba de minas-trampa colocadas por los franceses para destruir totalmente la ciudad. Con razón dice Zahonero que los salmantinos pensaban que había llegado el día del Juicio³⁹.

Desaparecieron las calles de la Esgrima y de la Sierpe y lo poco que quedada de algunas otras próximas, afectadas por los derribos efectuados por los ingenieros de Gérard. Se hundieron “como a impulsos de súbito terremoto”. Nada más estremecedor y visualmente surrealista que el detalle que recoge Villar y Macías: la explosión arrojó sobre la cúpula de las Agustinas los cuartos de unos bueyes, procedentes del tiro de una carreta estacionada en la calle de la Esgrima.

Tan ingentes destrucciones nublaron evidentemente la alegría salmantina por la liberación. A partir de entonces, la ciudad no pudo recuperar siquiera el papel militar que hasta entonces había desempeñado en la guerra.

REVOLUCIÓN Y TRIBULACIÓN

Pero como ya apuntamos más arriba, los aciagos tiempos de la guerra y la ocupación se identifican en sor Joaquina del Salvador con la *revolución*. Sin duda. Pero nuestra carmelita no emplea nunca este término para referirse a la aplicación de medidas aprobadas por el Gobierno Central español o por las Cortes Extraordinarias. A lo largo de su crónica, la *revolución* es un concepto exclusivamente aplicado a las alteraciones producidas como consecuencia de la ocupación y de las disposiciones tomadas por los invasores.

Y entre éstas, la decisión política revolucionaria por antonomasia es el decreto del gobierno intruso sobre supresión de regulares, de 18 de agosto de 1809. A su amparo, el canónigo Tariego, cojuez subdelegado para la extinción de comunidades en Salamanca, procedió el 20 de septiembre a cerrar los conventos de la ciudad y a inventariar sus bienes, como paso previo a su enajenación posterior⁴⁰.

La disposición causó un inmenso malestar en los afectados y acabó con la mínima imagen que pudiera quedar de Napoleón como restaurador de la Iglesia francesa. Refiriéndose al Rector de su convento, sor Joaquina del Salvador señala lo mucho que sufrió con la forzosa exclaustación, teniendo que vivir en una posada, como un seglar. Situación que ella tipifica de *persecución*.

Obligados a dejar conventos y hábitos, algunos frailes optaron por acogerse a la clandestinidad, lo que en una época como la de la Guerra de Independencia era ponerse al borde de pasar a las partidas. Otros aceptaron la clandestinidad por una mezcla de temor y de espíritu de libertad en el ejercicio de su tarea pastoral. Así el vizcaíno Pedro de S. José, de quien habla sor Joaquina, que “tubo por fuerza que huir, pero el tiempo que estuvo en un lugar que está cerca de Salamanca, benía en los días de confesión bien a peligro de su vida y decía que no sabía cómo estábamos en este campo solar y llenas de enemigos a la puerta”.

39. Cfr. Iscar-Peyra, F.: *ibid.* Vid. también Villar y Macías, M.: *op. cit.*, pp. 45-46.

40. Cfr. Villar y Macías, M.: *op. cit.*, p. 26.

En esas condiciones, era lógico que el clero y el personal monástico fuese marcadamente contrario a los franceses, en términos generales. Lo que les fue fatal a estos, dada su influencia. Rocca incluso les consideraba “la única milicia ejecutiva de que disponían los Reyes de España”; y añade que odiaban a los franceses “por patriotismo y por interés, pues sabían que Napoleón era enemigo de sus privilegios y quería quitarles los bienes y todo poder temporal”⁴¹. Su innegable apoyo a la insurrección –pensaba el marido de Mme. de Staël– era determinante en la resistencia que el ejército imperial encontró en España.

Aparte la ya vieja mentalidad antirrevolucionaria, la hostilidad de los eclesiásticos españoles tenía dos fundamentos próximos y bien precisos. Uno era el de la rápida violación por parte de Napoleón de las garantías que él mismo había reconocido al clero secular y regular en la capitulación de Madrid, posteriormente recogidas también en sus Decretos de Chamartín, aunque sistemáticamente ignoradas por el Emperador y por sus comandantes militares. La otra era el ya citado Decreto del año 9 sobre extinción de regulares, en cuya exposición de motivos se justificaba tan drástica medida por el hecho de que los clérigos seguían “tomando parte en las turbulencias y discordias que afligen a España”.

Así pues, la inmensa mayoría de curas, frailes y monjas españoles no habrían dudado –caso de haber oído hablar de ello– que era verdad lo que Napoleón había dicho a una delegación de frailes de Tolosa, en Guipúzcoa, cuando fueron a presentarle sus respetos en 1808: “Señores frailes: si ustedes siguen mezclándose en nuestros asuntos militares, haré que les corten las orejas”⁴².

Resulta por eso extravagante la opinión del general Marbot, según el cual, al comienzo de la guerra, un gran número de españoles “a la cabeza de los cuales figuraba una parte del clero secular, queriendo arrancar a España del yugo de la Inquisición y de los frailes, no sólo hacían votos por el afianzamiento del Rey José en el trono, sino que se unían a nuestras tropas para rechazar a los insurrectos que se alzaron contra nosotros”⁴³.

Desde luego, un hombre tan impulsivo y poco sesudo como Ney, que jugó un papel muy destacado durante la ocupación de Salamanca, no sería ciertamente la persona indicada para que el buen deseo de Marbot se convirtiera aquí en realidad⁴⁴. Con lo que en una ciudad tan marcadamente levítica como la Salamanca del momento, era dudoso que progresase el colaboracionismo de la población.

Cuando Ney entró en Salamanca después de la derrota francesa de Tamames, el 16 de diciembre de 1809, se apresuró a castigar a la Iglesia salmantina con una contribución extraordinaria de 800.000 reales, poniendo particular empeño en exi-

41. *Cfr.* Salcedo Ruiz, A.: *op. cit.*, p. 17.

42. Bigarré, A.: *Mémoires du général Bigarré, aide de camp du roi Joseph*, París, Kolb, p. 231.

43. Marbot: *op. cit.*, pp. 119-120.

Ciertamente, entre los afrancesados también hubo clérigos, pero en una proporción parecida a la de los demás grupos sociales de las élites ilustradas pasadas al colaboracionismo (*Cfr.* Artola Gallego, M.: *Los afrancesados*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, MCMLIII).

44. Napoleón consideraba a Ney como un mariscal valiente, pero de escasa inteligencia (Conde de Las Cases, *Memorial de Napoleón...*, *op. cit.*, pp. 262, 369 y 405).

gir a los conventos la puntualidad en los pagos. Como medio de presión, ordenó que a partir del 7 de enero del año siguiente se pusieran guardias en los de monjas. Y además, a algunas comunidades de religiosas que se mostraron remisas o impotentes en el devengo, Ney las obligó a abandonar su propio convento y a establecerse en otro.

Tal fue el caso de las agustinas, a las que un comisario francés buscó nuevo alojamiento en el vecino carmelo, pese a que había constatado que este era “bien chico”. Así pues, en el mediodía del 10 u 11 de enero –sor Joaquina no está segura–, los franceses trasladaron allí a las agustinas, bajo escolta armada. Con las 20 carmelitas y las 30 agustinas, que permanecieron allí hasta el penúltimo día de enero, el convento se estrechó aún más.

Fue un mes muy duro. Según nuestra carmelita, la nieve cubrió el suelo todo el tiempo que duró la prisión de las agustinas⁴⁵. La situación de ambas comunidades no fue precisamente confortable: “a tres y a cuatro estábamos en cada celda durmiendo en unas pajas tendidas en el suelo, pues los colchones que tenemos de enfermería sólo eran para las madres necesitadas”.

A las agustinas, además, “estos picarones [los franceses] las binieron a mortificar vastantes beces y a pedirlas declaraciones” –añade, molesta, sor Joaquina–. Las carmelitas, sin embargo, no fueron inquietadas, pues los imperiales decían no tener nada contra ellas, seguramente, como apunta Villar y Macías, porque “no despertaba la codicia su austera pobreza”⁴⁶. Sin embargo, en esta y en otras ocasiones, durante la ocupación, nuestras carmelitas sufrieron las consecuencias derivadas del aislamiento de Salamanca que a veces imponían los franceses. Entonces resultaba difícil acceder al convento carmelita, o le era casi imposible a éste ponerse en contacto con la ciudad. En tales ocasiones, incluso el médico de la casa encontró dificultades para cumplir su trabajo.

Pero Ney tomó otras disposiciones anticlericales. Determinó que los párrocos confeccionasen un censo de todos los clérigos que habitaban en el ámbito de su feligresía, detuvo a más de un centenar y los congregó el 9 de enero en su cuartel general, donde les lanzó un discurso plagado de términos como “cautiverio y destierro”.

Arrestó a unos 130 y los encerró en la Biblioteca de la Universidad. Recobraron muy pronto la libertad unos 20, pero al resto se los trasladó a Valladolid el día 11 y se los tuvo allí hasta el 6 de febrero. Todo fue bastante indiscriminado, pues se liberó o llevó a Valladolid, respectivamente, a clérigos de todas clases: capitulares, universitarios, de clerecía, frailes, capellanes, colegiales, militares, legos de convento y hasta “ordenados de pistola y evangelio”, al decir de Zahonero⁴⁷.

Efectivamente, cuando en el Claustro de 24 de enero de 1810 se planteó la cuestión del reparto de casas de la Universidad entre los catedráticos, para reme-

45. Lo que coincide con el juicio de Marbot, según el cual, los primeros meses de 1810 fueron fríos y lluviosos en España (Marbot, *Général Barón de*, *op. cit.*, p. 116).

46. *Cfr.* Villar y Macías, M.: *op. cit.*, p. 30.

47. *Cfr.* Iscar-Peyra, F.: *op. cit.*, p. 148-149.

diar la miseria en que se encontraban por no percibir sus rentas habituales, se advirtió que por lo menos tres de ellos se hallaban involuntariamente ausentes, conducidos a Valladolid a su pesar⁴⁸.

Las sanciones a frailes, curas y monjas acabaron entre finales de enero y comienzos de febrero. No tanto porque los franceses no supieran qué hacer con todos ellos, como dice Zahonero. La corta duración de los castigos hace suponer que se había buscado con ellos un objetivo intimidatorio, en una guerra que los mandos franceses interpretaban que dirigía y estimulaba el clero.

Opinión esta última que el Conde de Toreno considera puro producto de la propaganda francesa, destinada a legitimar su ocupación como tarea modernizadora. Según él, la clerecía se incorporó al levantamiento nacional igual que otros muchos sectores de población. Pero no tuvo un papel dirigente en la guerra, como no lo tuvo tampoco en el propio levantamiento de mayo-junio de 1808. Ni tampoco se sumó a éste únicamente por el temor a perder sus bienes⁴⁹.

Mucha de la hostilidad eclesial tenía que ver con el galicanismo del gobierno josefino. Por ejemplo, en los conventos no disueltos resultaban muy molestos los diversos controles administrativos implantados. El francés, dice nuestra relatora, puso en el suyo “gobernadores y provisosores”. Y había que contar con ellos para lo referente a, por ejemplo, elección de Priora, reservándose las autoridades el derecho de *placet*. También se quitó a los conventos la facultad de tener el capellán que quisieran, encomendándose su asistencia religiosa a las parroquias en cuyos límites estuvieran ubicados.

Sin embargo, el clero secular tampoco veía con buenos ojos esta extensión de su jurisdicción. Como atestigua nuestro documento, los párrocos hacían caso omiso de las decisiones de la autoridad y encubrían la acción de los capellanes regulares, “con reserba que lo supiesen los franceses”.

LA VIDA COTIDIANA

Pero nos preguntábamos al principio de estas notas introductorias cómo vivieron los españoles en la Guerra de la Independencia. Algo hemos aclarado, aunque ciñéndonos al marco de un pequeño convento salmantino. Sigamos ahora a nuestra relatora en la descripción que ofrece de las condiciones de la vida material.

“Bamos a los trabajos que pasamos en estos cinco años de tribulación”, dice en su crónica. Pues vamos. Aunque advirtiendo que más que de trabajos o “trabajitos”, como apunta modestamente en algún momento, se trató de verdaderas calamidades.

La primera y más importante, a la que ya nos hemos referido, fue la del riesgo constante de alteración de la normal existencia de las carmelitas. Pero la segunda, y a poca distancia de la anterior, sería la del hambre.

48. *Cfr. Libro de Claustros*, AUSA 259, fols. 173 y ss. y 179 y ss.

49. *Cfr. Toreno: Conde, op.cit.*, tomo I, libro III, pp. 88-89. *Vid.* también el excelente y documentadísimo trabajo de Moreno Alonso, M., *La generación española de 1808*, Alianza Universidad, Madrid, 1989.

La dieta de las monjas se redujo largo tiempo durante la guerra a guisantes secos, llenos de cocos, fruto de la limosna. Y eso, no siempre. Desde luego, productos básicos de la alimentación habitual, como las patatas, entraban la categoría de la exquisitez inalcanzable. Unos garbanzos con su poco de tocino, provenientes de la insegura caridad, eran manjares reservados exclusivamente a las enfermas. Pan casi nunca había: apenas dos onzas “cada refectorio”.

En los momentos de mayor aprieto, su alimentación se redujo a unas hierbas –no comestibles normalmente–, cocidas sí, pero sin sal ni aceite, pues el recibido ocasionalmente de limosna se dedicaba a la lámpara del sagrario.

La misma cocción de los alimentos llegó a ser problemática, pues a partir de cierto momento el convento se quedó sin sus negrillos y sus almendros, empleados todos como madera combustible. El panorama era desolador: “sin leña, sin carbón y sin comer”.

En el “año de más miseria”, las monjas lograron plantar en un jardincillo berzas, lechugas y repollos, a cuyo cultivo estorbaban a veces los disparos de los fuertes franceses contra las afueras. Se trata, casi con seguridad, de 1812, cuando los franceses emplearon más intensamente su artillería para hostigar las partidas de merodeadores de extramuros y para tratar de acallar las baterías que, durante el asedio de los fortines, Wellington emplazó en el vecino convento de S. Bernardo.

Desde luego, la pobreza de las carmelitas no les permitía suministrarse adecuadamente en el mercado. A veces se lo impedía incluso la cuarentena impuesta por los franceses a la ciudad. Pero casi siempre el problema residía en el nivel de precios. “Todo estaba por las nubes”, se lamenta nuestra relatora.

Y es que lo que Zahonero llama *la despensa salmantina* se había ido vaciando por las requisas hechas para abastecer los ejércitos que desde 1808 campaban por la provincia: franceses, ingleses y españoles. Regulares y guerrilleros. Decenas de miles de soldados en tránsito continuo. El resultado de su presencia era la escasez y el alza disparatada de los precios. Sor Joaquina del Salvador, que habla de estos sin preocuparse de distingos de coyuntura, considerando la guerra como una unidad, señala que un huevo costaba diez cuartos, una libra de arroz siete reales y una libra de patatas, un real, mientras el pan de a cuatro libras ascendía a treinta reales.

Demasiado. Sobre todo si tenemos en cuenta que en noviembre del año 8, cuando el abastecimiento de las tropas de Moore ya había provocado cierta carestía, 7 reales bastaban para que un colegial del Trilingüe tuviera satisfechas sus necesidades del “diario de carnero, pan y demás necesario... guiso, verduras, tocino y aceite”, amén de lavandería y servicio⁵⁰.

Las carmelitas de Salamanca, pues, sufrieron las plagas que para Madrid y toda España –al menos desde 1811– describe el Conde Toreno como directa “consecuencia de la guerra y devastación francesa”. En aquel miserable caldo de hambre nadaban muchos salmantinos; un gran número tendría que vivir de la mendicidad

50. *Libro de Claustros*, AUSA 259, fol. 605.

y la ciudad presentaría también, como Madrid, “un cuadro asqueroso, triste y horrendo”⁵¹.

Del empobrecimiento salmantino se harían eco los miembros del Claustro universitario. Al dirigir un memorial a José I, en solicitud de que no se incorporaran a la Corona las tercias, que era el mayor ingreso de la Universidad, afirmaban: “la continua estancia de numerosas tropas en esta Ciudad y Provincia tiene agostados por ahora todos los demás recursos”⁵².

La miseria era el fruto de la escasez. Y la inflación su más visible signo económico. A fines de 1811, según Villar y Macías, un pan de cuatro libras valía 15 reales y una fanega de trigo 270. Zahonero añade que al acabar aquel año, una docena de huevos llegaba a costar doce reales. Y Villar afirma, que al año siguiente, a mediados de mayo, el mismo pan de cuatro libras alcanzaba ya los 20 reales y la fanega de trigo los 390. Pero tan sólo dos meses después, en el momento del acoplamiento estacional, la fanega de trigo valía 430 reales⁵³.

Ese fatídico 1812 – el año de mayor penuria, según sor Joaquina del Salvador–, la carestía salmantina, si bien no era tan terrible como en otras partes de España, no era por eso menos estremecedora. Iscar-Peyra, que transcribe fielmente a Zahonero, traza un patético cuadro: “el pueblo resignado se moría santamente, o se conformaba dejando los dientes ociosos en los berroqueños mendrugos de la limosna”⁵⁴.

Ciertamente, “artos travagitos” pasaron nuestras monjas. “Nos andábamos cayendo de necesidad –dice Sor Joaquina– y yo, que estaba de portera, ya me hallaba que no podía resistir y en una ocasión me desconcerté una mano de una caída que di”.

La caridad, sin embargo, les permitió subsistir. Gente anónima les aportaba a veces “ya 20 reales, ya 40, otras veces 4 duros y otras cuatro cuartos, o seis”. Lo que “era más milagro, pues estaba la ciudad muy castigada con contribuciones”. En alguna ocasión, fueron dos simples panes de munición lo que las carmelitas recibieron de caridad. Los partieron fraternalmente y, pese a que provenían de una dama francesa, a todas les parecieron bizcocho.

Vivir era un auténtico milagro. Nada de extraño, pues, que la muerte visitara el convento durante la guerra. Sor Joaquina no habla de ninguna peste, pero Zahonero señala que en el verano de 1810 “siguió haciendo su oficio la brava y misteriosa epidemia, penetrando con afilada guadaña los tres espaciosos hospitales improvisados en los Irlandeses, los Carolinos y San Bernardo, sacando su terrible cosecha”⁵⁵.

Y no sólo de salmantinos pobres, sino también –y sobre todo– de soldados franceses. El número de defunciones en los hospitales militares de Salamanca fue con-

51. *Cfr.* Toreno, Conde de: *op. cit.* tomo V, libro XIX, p. 18.

52. *Libro de Claustros*, AUSA 259, fol. 267.

53. *Cfr.* Villar y Macías, M., *op. cit.*, p. 40.

54. Iscar-Peyra, F.: *ibid.* 197.

55. *Ibid.*, 173.

siderable desde finales de 1810. El cementerio del Prado Rico se quedó pequeño y comenzó a utilizarse el de Villasandín y la huerta del convento de S. Bernardo⁵⁶. La de las carmelitas corrió también peligro de transformarse en cementerio militar francés.

Pero es bien sabido el poder igualador de la muerte. Sin duda por ello, el general Thiébault se esforzó en combatir la mortandad que afligía a sus civiles gobernados. En unión del Prefecto Casaseca, limpió la ciudad, prohibió los enterramientos en las iglesias y estableció la moderna forma de sepelio.

Cesó así el peligro que hasta entonces implicaba el traslado del difunto al cementerio, embalado de cualquier manera, o tan sólo envuelto en un sudario con el que cargaban sus deudos. Se reglamentaron todos estos aspectos y se impuso la utilización del vehículo fúnebre. “Estos servicios –apunta Zahonero– corrían a cargo del Municipio, que acompañaba así al inerte y fenecido vecino hasta su última morada, garantizándole el eterno y gratuito descanso mediante el pago de un módico impuesto”⁵⁷.

Tan oportunas medidas, de obligado y general cumplimiento, también debían ser acatadas en los conventos. En caso de defunción –dice sor Joaquina– estos tenían que “dar parte al francés y pedirle licencia” para los enterramientos. La autoridad era quien señalaba la sepultura, garantizándola si se trataba de pobres, como era el caso de las carmelitas.

El problema para éstas era que les resultaba muy doloroso renunciar a la sepultura en el propio convento, con el ritual tradicional. Y seguramente abominaban del galicanismo de la reglamentación establecida. Con todo, o bien se hizo con ellas una excepción, o bien la administración ocupante no era tan eficaz como deseaba. Lo cierto es que las carmelitas fallecidas se inhumaron en su convento y “tubieron el entierro con la asistencia de nuestro Padre Rector y otros sacerdotes y religiosos de otras órdenes, los que cantaron el entierro como se acostumbra en nuestra religión”.

Pero con uno u otro ritual, la muerte era en definitiva la triste secuela de la guerra y la miseria. Sin embargo, también aparece vinculada en el relato de sor Joaquina del Salvador –sin que ella lo explicité así– a la insuficiencia de los conocimientos médicos de la época. Es correcto suponer, en una persona de su puntillosa memoria, que la descripción que hace de la sintomatología de la enfermedad mortal de una joven carmelita no sea más que la rememoración de un inconcreto y confuso diagnóstico médico.

En cualquier caso, la penuria no sólo debilitaba los organismos, sino también las instituciones hospitalarias. Ella fue la causante del intento de cierre de algún hospital, como el del Estudio. En la primavera de 1810, una comisión delegada del Claustro Universitario constató que la gestión económica del centro dejaba mucho

56. *Cfr.* Villar y Macías, M.: *op. cit.*, pp. 34-35.

57. Iscar-Peyra, F.: *Ibid.*, p. 178.

que desear desde 1808 y que prácticamente ya no funcionaba⁵⁸. Se decidió, pues, cerrarlo, ante la falta de medios para sostener su actividad.

Sólo lo impidió un oficio del Intendente interino de Salamanca, de 9 de mayo de 1810, que recordaba a la Universidad una orden en contrario del Ministro del Interior del Rey Intruso, de 16 de abril⁵⁹, pensada para facilitar la cobertura hospitalaria imprescindible a la inminente invasión de Portugal.

Ya el mariscal Ney, que mandaba uno de los tres Cuerpos de Ejército destinados a aquella campaña, había ordenado en marzo que en Salamanca se establecieran hospitales para 6.000 hombres. En consecuencia, el 1 de abril se creó uno en el Seminario y otro en el Colegio del Arzobispo, que se sumaron a los que ya había en la Compañía (Carolinos e Irlanda), al de S. Bernardo y al de Convalecientes⁶⁰.

Precisamente fue este último el que las autoridades militares francesas pensaron en algún momento instalar en el Carmelo de Salamanca. La monjas se libraron *de milagro*, pues desde que se inició la campaña contra Portugal, en el verano de 1810, se dispararon las necesidades de camas hospitalarias en la ciudad. Ya con el comienzo de esa ofensiva, que se inició con el asalto a Ciudad Rodrigo y el Fuerte de la Concepción, se produjo un considerable incremento del número de soldados franceses heridos; pero fue en la retirada de aquella campaña, conducida en su fase final por el mariscal Marmont, al año siguiente, cuando las cifras se multiplicaron extraordinariamente⁶¹.

El momento más dramático fue el de la batalla de Arapiles, en 1812. En esa circunstancia, los hospitales y conventos salmantinos se colmaron de heridos de ambos bandos. Villar y Macías dice que “varias casas principales y once conventos y colegios se llenaron de heridos de uno y otro ejército”⁶².

Muchos acabarían muriendo. Porque en los hospitales militares de la época, la muerte se paseaba casi tan libremente como en los campos de batalla. Los heridos languidecían hasta expirar, víctimas fundamentalmente de la impotencia médica para cortar las infecciones provocadas por sus heridas. Según Napoleón, la experiencia demostraba que tres meses después de una batalla no quedaba con vida ni la sexta parte de los heridos⁶³.

58. *Cfr. Libro de Claustros*, AUSA 259, fol. 218.

59. *Libro de Claustros, ibid.*, fol. 233.

60. *Cfr. Villar y Macías, M., op.cit.*, 31 y 33.

61. Villar y Macías ofrece algunos datos estremecedores sobre los hospitales militares franceses en la Salamanca de 1811 (*op. cit.*, p. 35).

62. *Ibid.*, pp. 49-50.

Según Arteché, los aliados tuvieron nada menos que 4 270 heridos y es de suponer que los derrotados imperiales sufrieron un castigo por lo menos similar (Gómez de Arteché y Moro, J., *op. cit.*, tomo XII, pp. 86-87).

63. *Cfr. Malraux, A.: Vida de Napoleón...*, *op. cit.*, p. 244.

FINAL Y DECADENCIA

Pero la guerra se alejaría definitivamente de Salamanca al comienzo del verano de 1813. Al fin y al cabo, los funestos efectos del paso del cometa de 1807 no podían durar eternamente.

Wellington lograría entonces aplicar exitosamente –por fin– su concepción de la *guerra peninsular*⁶⁴, probada en vano en la ofensiva del año 12, la que tuvo la victoria de Arapiles como punto neurálgico. Aquella campaña no fue, ciertamente, resolutiva. Pero sus frutos tampoco fueron desdeñables, pese a haber concluido con una desordenada retirada: el avance de Wellington hasta Burgos obligó a los franceses a evacuar Andalucía y Galicia, coadyuvando también a la exitosa progresión rusa sobre el Niemen, pronto apoyada por austriacos y prusianos.

Desde este punto de vista, había sido un triunfo y había demostrado lo acertado de la concepción estratégica que Wellington había concebido en 1810 para aniquilar a Napoleón. Según ella, había que mantener a todo trance la seguridad de la base portuguesa, para desde allí seguir sosteniendo la rebelión española, a la espera de una reactivación general del teatro bélico noreuropeo. En ese planteamiento, los ejércitos aliados peninsulares debían emplearse fundamentalmente para mantener al sur del Continente un potente foco de resistencia que, antes o después, acabaría arrastrando a la rebeldía a austriacos, prusianos o rusos. Y cuando cualquiera de estos tres poderosos agentes se movilizase, vendría la ocasión de avanzar desde Portugal sobre la frontera francesa e invadir el corazón del Imperio. Wellington no dudaba que en ese momento el alzamiento contra Francia se generalizaría en Europa.

Su ofensiva del año 12 no iba dirigida primariamente, pues, a conseguir la libertad española, sino a relajar la presión francesa sobre Rusia y a estimular un posible alzamiento austriaco o prusiano. Y su extremada prudencia operativa, así como la propia retirada hacia Portugal, tras el fracaso de Burgos, respondían al objetivo de mantener incólumes sus fuerzas en la Península.

Napoleón seguía mientras tanto decidido a mantenerse en los dos grandes teatros operativos europeos, el meridional y el del norte. Y aunque concedía prioridad a este último, precisamente a causa de su calamitosa retirada de 1813 sobre el Niemen, que acabó por decidir a austriacos y prusianos a colaborar abiertamente con el avance ruso, no retiró tropas de la Península. Incluso tras el cruce ruso de ese río, sus éxitos primaverales en Lutzen y Bautzen le hicieron suponer que aún podría deshacer la gigantesca coalición formada contra él. Entonces –pensaba– estaría en condiciones de trasladar de nuevo a España el grueso de sus fuerzas, sofocando definitivamente el alzamiento español y aplastando al *leopardo* inglés.

64. Las dos obras clásicas sobre las campañas peninsulares de Wellington son la de Napier, W.F.P., *History of the War in the Peninsula and in the South of France from A. D. 1807 to A. D. 1814*, W. J. Widdleton, New York, 1864 (5 vols.) y la de Oman, Ch., *A History of the Peninsular War*, Clarendon Press, Oxford, 1902-1930 (7 vols.). Un sencillo, manejable y documentado resumen, en Weller, J., *Wellington in the Peninsula. 1808-1814*, Kaye & Ward, London, 1969.

Sin embargo, tras las derrotas de McDonald en Katzbach y de Oudinot en Gross-Beeren, que permitieron la agrupación del *ejército de las naciones* en Leipzig, el Emperador se vio obligado a sacar tropas de España. Ese fue el momento elegido por Wellington para lanzar una nueva ofensiva, similar a la del año anterior, aunque contando ahora con una notoria superioridad, fruto del número y de la intensa reorganización e instrucción de sus fuerzas y de las de los españoles.

Así pues, a finales de mayo de 1813 comenzó un movimiento planificado hasta en sus más nimios detalles. Wellington llegó a Ciudad Rodrigo el 22, avistó Salamanca el 26 y expulsó de ella a la guarnición francesa del general Villate, desbaratando en Aldealengua los socorros enviados para sostenerle.

Sin embargo, Salamanca no estaba como en 1812 en el eje de la ofensiva aliada. El avance de Wellington sobre el Tormes tenía como misión únicamente hacer concentrarse a los franceses en la orilla izquierda del Duero, mientras el mayor contingente aliado avanzaba fácilmente por la margen derecha de este río para enlazar en Benavente con el Ejército español de Galicia. La superioridad lograda por semejante confluencia obligó al Rey José a retirarse hacia el Norte, a fin de asegurar la ruta de comunicación Francia y prepararse para la batalla decisiva. Cuando ésta se produjera finalmente en Vitoria, al Intruso no le quedaría otro recurso que evacuar definitivamente España.

Salamanca, pues, sólo jugó un papel secundario en esta nueva y definitiva campaña, cuyo eje de ataque quedó desplazado más al norte. Todo un símbolo de su hundimiento como ciudad, tras una larga guerra que culminó con los desastres del incendio de San Vicente y la explosión de las municiones, en 1812. Se abrió desde entonces una dilatada etapa de postración, que se mostraría muy resistente a los sucesivos intentos de terapia, acometidos durante buena parte del siglo XIX.

Todavía es dable encontrar en muchos archivos privados, municipales, eclesiásticos, o de la Universidad una enorme cantidad de *vales* expedidos por mandos de las diversas tropas en tránsito por nuestra ciudad y provincia de 1808 a 1813. Sus poseedores intentaron infructuosamente cobrarlos de los sucesivos gobiernos españoles de la primera mitad del siglo XIX. Ellos son un buen testimonio del quebranto padecido.

Hay que señalar, sin embargo, que la decadencia de Salamanca había comenzado ya a finales del siglo XVIII, como muestran la caída de muchos de sus edificios y el retroceso de su población. Ángel Cabo los atribuye a la *deserción* urbana de los nobles y a la atonía de las instituciones eclesiásticas, que ocasionaron una merma importante de las actividades artesanales y fabriles de la ciudad.

De 1808 a 1813 se acabaría de completar la tarea. Madoz es concluyente al respecto: "Salamanca, después de aquella y sangrienta guerra, va figurando ya [en la Historia] de un modo distinto y secundario"⁶⁵. Porque el empobrecimiento, como

65. Madoz, P.: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Salamanca*, (red.), Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Salamanca, Salamanca, 1984, p. 393.

la mortandad, que son siempre la cosecha de Marte, florecieron durante aquellos años con singular brío.

No en balde se trató de una guerra *nacional*. Y en este tipo de conflictos, inaugurados con las revoluciones norteamericana y francesa, se rompió la tendencia a la limitación que habían mantenido los enfrentamientos bélicos en el siglo XVIII. En aquel tiempo, las campañas militares se reducían a pequeñas batallas campales en las que se buscaba restaurar el equilibrio de potencias roto por alguno de los agentes internacionales, pero sin pretender nunca la completa aniquilación del adversario.

Sin embargo, en América se inauguró un tipo de guerra que implicaba el compromiso absoluto de toda la población y de todos los recursos en pro de la victoria. Y esta no era concebible sino como efecto de la total extenuación del enemigo. Eso fue lo que llamó tan poderosamente la atención del famoso sargento Lamb, que luchó bajo las banderas del Rey Jorge para impedir la Independencia de sus trece colonias⁶⁶.

Fue también el carácter pronunciadamente nacional de la Guerra de Independencia española lo que hizo de ella la lucha feroz que retrató Goya. Tiempo de muerte. Y de tribulación. Lleno de trabajos y sufrimientos para todos: españoles, franceses y anglo-portugueses. En unos casos, fruto de la guerra misma; en otros, de la ocupación; y en los demás, en fin, de lo que sor Joaquina llama la *revolución*.

Muchos no vivieron el tiempo suficiente para poder dar fe de todo lo acaecido. Sí lo hizo nuestra cronista, la humilde y sagaz portera que asistió continuamente a la Priora del convento en los “varios lances” habidos “en tiempo de los franceses”.

Fue su fortuna, pero también la nuestra. Porque se impuso el deber de legarnos sus vivencias: “Yo, la llamada Madre Joaquina del Salvador, portera, *be quedado para poderlo contar*, que no es poco”.

Vid. también Cabo Alonso, A., “Bases de la ciudad actual”, *Salamanca. Geografía. Historia. Arte. Cultura*, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Salamanca, Salamanca, 1986, p. 157. Del mismo autor, *Salamanca, personalidad geográfica de una ciudad*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1981, p. 48.

66. Vid. en castellano la narración novelesca de sus *memorias*: Graves, R., *Las aventuras del sargento Lamb y Últimas aventuras del sargento Lamb*, Edhasa, Barcelona, 1985.

RAZON DE LO QUE PASO ESTA COMUNIDAD EN TIEMPO DE LOS FRANCESES Y VARIOS LANCES QUE TUBIMOS CON ELLOS, DESDE EL AÑO DE 1808 HASTA EL DE 1813⁶⁷

Primeramente, habiendo andado las religiosas uyendo de las tropas francesas, llegaron a nuestra casa en 2 de diziembre toda la comunidad de Toro, menos dos que por ballarse impedidas se quedaron en un lugar cerca de Toro⁶⁸. Estubimos juntas las dos comunidades hasta el día de S. Timoteo, 25 de enero del año 9, que al benir las acompañaron nuestros padres y al irse a su casa las llebó el señor cape-llán de nuestra comunidad, con liccencia y pasaportes del francés. Sentimos mucho el apartarnos, pues nos cobramos mucho amor.

En el tiempo que estubieron en nuestra compañía, binieron los franceses a esta ciudad y antes, a puras instancias, personas que nos querían bien y sacerdotes y las mismas religiosas de Toro nos contaron las atrocidades que los franceses habían ya hecho con otras hermanas nuestras, especialmente lo que habían padecido las de Rioseco, las que habían estado en Toro, tan amedrentadas que sólo que las dige-ron que iban allí que escaparon diciendo que ellas no los esperaban. Finalmente tales cargos hicieron a la prelada que dispuso el que la comunidad fuese a un com-bento dentro de la ciudad, por estar el nuestro fuera della.

En el día 13 de dicho mes y año, al obscurecer, salió la comunidad para Sta. Ursula. Al tiempo de ir a salir, le pedimos licencia a nuestra madre priora para que- darnos en casa unas 4, que fuimos la hermana Teresa María de la Esperanza, de bedad ya de 80 años; y Joaquina del Salvador; y una hermana de la cocina, María Josefa de la Encarnación; y una de las madres de Toro, la madre Andrea de S. Alberto. Las que nos fuimos al coro. No dejamos de tañir las campanas a todo lo que correspondía a nuestros actos de comunidad, a maytines, los que rezamos en el coro a nuestra hora.

Y por la mañana, después de haber tenido nuestra hora de oración y rezar las horas, llaman a la puerta y bamos a responder y nos ballamos con todas nuestras hermanas y madres que benían del otro combento, muy contentas con la posada que allí ballaron. Y sintieron aquellas señoras el que las durase tan poco la com- pañía, pero todas binieron muy contentas y muy agradecidas. Pero más contento trahían en benirse a su casa, en donde siempre emos estado.

Y aunque nos emos visto en vastantes peligros para dejar el combento, pero por la misericordia de Dios y el patrocinio de nuestro padre S. José, como patrono y padre nos ha tenido en su casa y nos ha sacado de muchos peligros y becho muchos milagros con nosotras. Y en el día nos está cuidando, pues milagrosamente nos estamos manteniendo, pues no tenemos más rentas que las limosnas que por inter- cesión del Santo nos dan los fieles y el pan que en estos años no ha alcanzado.

67. Doy las gracias a mi buena amiga, la profesora Emilia Montaner, que amablemente me indicó la localización de este documento.

68. El texto recoge los nombres de las carmelitas pertenecientes a las comunidades de Toro y Sala- manca, que omitimos en aras de la brevedad.

En el día 16 de enero llegaron los franceses a Salamanca, estando las dos comunidades juntas con ánimo de padecer martirio y disponiéndose para él en el coro, rezando la recomendación del alma y haciendo actos de todas las virtudes; al mismo tiempo, llaman a la puerta y, diciendo que los franceses han entrado de paz, era tanto el ferbor del martirio que respondió una: ¿qué, ahora salimos con eso? En fin, sosegóse por entonces la ciudad y quedamos conformes.

En el día 25 se marcharon las de Toro, como llebo dicho. Y en el día 10 de febrero binieron para estar en nuestra compañía dos religiosas de Lerma que andaban despatriadas y por los montes, las que despartaron unas de otras. La que era superiora y la madre María Antonia, que también era de Lerma, estubieron 5 años en las religiosas Gerónimas de Cáceres. Allí murió la superiora y, quedando sola la madre María Antonia, se las vino a buscar a las dos hermanas que estaban aquí. Esta última estubo dos años y las otras, siete. Una hera la organista, que era un angel de 23 años cuando vino. Y murió en esta a los 29 de su edad. Lo sentimos mucho, pues era muy amable:

De todas era menester mucho papel para decir desta religiosa el cúmulo de virtudes que la acompañaban; la llamaban Micaela de S. José. La otra era de la cocina, también joben y muy santa. Tubimos nuestro alibio con ella y para todo era, pues tenía mucho entendimiento. Esta y la Madre Maria Antonia se marcharon a su combento de Lerma. La dicha lega se llamaba Cipriana de Santo Tomás. Estubieron hasta el año de 15 que, habiéndose reunido la comunidad, las mandaron los prelados bolber a su combento. Lo sentimos mucho, pues las queríamos tener en nuestra compañía toda la vida. En tiempo de la rebolución vino otra religiosa del mismo combento de Lerma, llamada hermana lega. Esta sólo estubo un mes. Luego se marchó a su tierra.

En este año de 9 sucedió una cosa muy particular, pues un día, entre ocho y nueve de la noche, llegaron a la puerta de la calle unos franceses; y habiendo llamado con mucha furia algún tiempo y viendo que no los habría, iban a hechar las puertas a tierra, que los conmensales de casa ya iban a abrirles, cuando oyeron una boz como de un paysano y les dice: no llameis abí, que está el quartel a S. Bernardo, más allá –que es un combento de religiosas Bernardas que está cerca de nuestro combento–. Y sin hacer más esfuerzo se marcharon y nunca jamás bolbieron.

Era nuestro Padre S. José: ni entraron a la pieza del torno, ni a pedir una sed de agua, siendo así que desde que entraron en Salamanca nunca faltaron las tropas alrededor del combento, ni en inbierno, ni en berano, pues era el sitio donde tenían el campamento con caballos y de noche no se beían más que ogueras y boces.

Esto duró hasta el día que se marcharon, cuando binieron nuestras tropas, que a las diez estaban montando a caballo y a las diez y media ya estaban los nuestros ocupando el mismo sitio. En el mismo año, a la una del día, vinieron cuatro oficiales a registrar la casa muy furiosos, diciendo que abriésemos la puerta, que sabían que teníamos aquí armas y escondidos a los bergantes, que así llamaban a los de las guerrillas. Llamé a la prelada, que entonces era yo portera, y sólo su reverencia y yo fuimos a locutorio con ellos. Y sólo con las razones que les dimos de que

no era lo que ellos decían, que era cierto que decíamos verdad, instaron vastante y decían que habían visto salir de casa hombres y dar golpes a las puertas. Pero diciendo que eran domésticos de casa que habían entrado a partir leña, se quedaron como unos corderos y se marcharon sin entrar.

En otra ocasión entraron unos cuantos a ver la huerta y sólo fueron en derecha con las terceras y la prelada; y estas iban tapadas con los velos y su campanilla, como se acostumbra, llegando a la huerta sin hablar palabra. La prelada les dijo que por el amor de Dios que nos dejaran, que era sólo para pasearse las religiosas. La querían para cementerio. Y callándose, volbieron a salir y no bolbieron más. Nos digeron estar tranquilas, sin ver más posesiones.

Mas no fue así en otra ocasión que binieron otros dos oficiales a ver el combento para hospital de combalecientes. Le gustó, aunque no bio más que los claustros, coro, refectorio, pieza de profundís y los corrales; dijo que en término de ocho días desocupáramos la Casa para traer los enfermos. Por más que le suplicamos y le rogamos no quiso ceder y eso que adonde estaba alojado abogaban por nosotras, que estaba en casa del Secretario Cancelario. Pero nuestro gran Dios, oyendo nuestras suplicas, por medio de nuestro padre San José y nuestra Santa Madre, al hacer los ocho días se murió y quedamos libres de tal enemigo.

Otro entró, no sabemos qué intenciones eran las suyas. Nosotras siempre los llevábamos a la huerta y nunca veían lo interior del combento, siempre con los rostros cubiertos y la campanilla por delante. Este hombre entró y salió sin hablar palabra, con tal precipitación que al salir por la puerta se hubo de matar; pues creo se cayó y no bolbió más.

No me acuerdo que entrasen más que cuando vino un general llamdo Royel a visitarnos. Este, con otro compañero suyo, entró, vio todo el combento y en la pieza de recreación dijo quería ver a todas. Fuimos con belos y sin sentarse ellos ni nosotras, nos mandó levantar los velos y dijo que ser muy estrecha nuestra religión, que no nos podía dar nada, pero que si en algo nos podía servir que le mandásemos; y a la Prelada, que por haber él entrado nos aliviase y que nos quitaba tres disciplinas y le encomendásemos a Dios. Y se marchó y no le bolbimos a ver.

En el año de 1810, en 10 de enero, bino un comisario francés a ver nuestro combento para traernos como presas a nuestras madres recoletas agustinas. Pues al ver el francés el combento por la mañana y decir que bien chico era y por la tarde a las tres binieron toda la comunidad, que eran treinta religiosas, y nos juntamos cinquenta. Las trabían con un piquete de soldados, sin más acompañamiento que la tropa francesa. Estos picarones las binieron a mortificar vastantes beces y a pedirlas declaraciones, mas si había alguna religiosa con su reberencia, en diciendo que era carmelita, decían: con ustedes no es nada.

Pasaron sus reverencias mucho y mucha incomodidad, pues ni las camas las dejaron traer, en un tiempo tan riguroso que no se veía más que niebe, la que duró todo el tiempo que estuvieron con nosotras. Que estábamos todas con mucho trabajo, pues a tres y a cuatro estábamos en cada celda durmiendo en unas pajas ten-

didas en el suelo, pues los colchones que tenemos de enfermería sólo eran para las madres necesitadas.

Pero en medio de tantos trabajos estaban sus reverencias muy contentas y nosotras igualmente, pues su método de vida era muy parecida a la nuestra: las dos horas de oración las teníamos juntas las dos comunidades y la misa. Los demás autos nos esperábamos unas a otras. Nos dejaron muchos ejemplos que imitar y nos cogimos mucho amor y caridad en Dios. Y cuando se marcharon, que fue el mismo día en que acabamos una novena que hacíamos todas juntas a Nuestra Santa Madre para que se las compusiese el irse a su convento, al concluir la novena, binieron por sus reverencias y sentimos mucho el apartarnos unas de otras. Estubieron con nosotras desde el día 10 u 11, hasta el día 30 del mismo mes y año.

El día siguiente que estas madres vinieron a nuestra casa, pusieron guardia los franceses a todos los conventos de religiosas calzadas y descalzas, menos a nosotras. Sí que por muchos días, y algunas veces, que no fue una ni dos, se le impedía el paso a las gentes que transitaban por la calle. Por lo que si tenían que venir el médico, o cirujano, o alguna otra persona que quisiese llegar al convento, tenía que rodear mucho. Pero si iba la demandadera, o el sacristán, o alguna persona de casa a la ciudad, diciendo que eran domésticos de casa, sin más aberiguación les dejaban pasar.

También devimos mucho a esta ciudad, pues habiendo intentado varias veces el hecharnos de nuestro convento para acuartelar a los soldados, salían los de la ciudad a la defensa, ofreciendo sus casas y vienes, como nos sucedió estando bien descuidadas en los miércoles santo, al amanecer el jueves, teniendo puesto nuestro monumento y preparadas para nuestros oficios, los que no dejamos de tenerlos públicamente en todo el tiempo de la revolución.

En este día que llebo dicho, vino un señor de carácter y catedrático. Y me dice que llame a la prelada, que la quiere decir que demos muchas gracias a Dios y los encomendemos a Dios, que en aquella mañana habíamos de haber salido de nuestro convento, a no haber Dios tenido la providencia que al francés les había llamado el general a Junta y que los suplicaron por que nos dejasen el convento libre; que se había cargado ellos y todos los del pueblo a una voz a llevarlos a sus casas y que ya estábamos por entonces libres y seguras.

En el mismo año en que vinieron de nuebe, en el mes de agosto, víspera de nuestra Señora de la Asunción, estando los padres confesándonos, viene un tropel tan fuerte de que benían de mala fe tantos miles hombres que todas las gentes huían de la ciudad, en particular nuestro capellán. Los religiosos, aturdidos, se marcharon a su convento y nos dejaron sin consumir el Santísimo, el que ya cuando entraron los franceses el día 17 de enero ya le habían consumido otra vez, pero ahora nos vimos en mayor conflicto, pues embió recado nuestro padre rector que quitáramos el Señor del sagrario. Ni teníamos quién lo sacase, ni a dónde ir por un sacerdote.

Salió la demandera por entre las tropas y al primer sacerdote que balló fue el señor deán desta santa Iglesia, con otro señor de la catedral llamado Villa. No sé si hiban también buyendo del enemigo. Este dicho señor Villa vino, cogió al Señor y

por la ventanilla de la comunión le cogió nuestra madre priora, que era entonces la madre Manuela de S. José. Esta, llena de lágrimas, y toda la comunidad lo mismo, le colocamos al Señor en un nicho del coro, en donde teníamos una imagen intitulada nuestra Señora del Rosario. Allí se metió un ara y con la mayor decencia y veneración que se pudo le tubimos al Señor entre unos cristales, que tenía el nicho vidriera, con llabe. Allí pasamos aquella noche y el día siguiente nos lo consumieron los padres.

Pero el día 18 del mismo mes y año, con acuerdo del señor obispo y nuestro padre rector, su Ilustrísima le dio la licencia para que tubiésemos al Señor en el coro, adonde pusimos mi sagrario. Y nuestro padre rector nos le dejó puesto y entraban a renobar cada 15 días. Este consuelo le tubimos desde el año 9 hasta el de 1.813, que se marchó el enemigo.

Pero en estos cuatro años, por 23 beces, cuando estaban las cosas algo más asentadas, nos le ponían en la Yglesia. Pero el más del tiempo estuvo como llebo dicho en el coro. Y entre las beces que entró el Señor fue una en el año de 12, víspera o antevíspera de Santa María Magdalena, en que el Ynglés combatió al francés en el campo de Arapiles, entre Salamanca y la Villa de Alba. Que antes que hicieran fuego, el que duró tres días, y por último benció el Ynglés, andaba la Tropa francesa a ver cómo podía entrar en la ciudad, adonde la tenia el Ynglés por suya. Y biniendo a entrar por fuerza empezaron todas las gentes a dar boces y gritos: decían que estaban los franceses degollando a los havitantes del pueblo en medio de la Plaza y por las calles. A lo que en semejante tribulación, sólo nosotras no nos acobardamos más de que nos metiesen el Santísimo, el que sacándole el Sacristán del Sagrario, nos lo colocó en el coro.

Era el sacristán un religioso lego del orden de nuestro padre San Francisco, muy santo. Y perseveró con nosotras hasta que bistieron el hábito y se reunieron. Quedamos muy contentas con el Señor y con mucho ánimo para padecer. Pasamos muchos travagitos, aunque no nos faltó el auxilio del Señor, pues para alibio y consuelo de nuestras almas permitió S. M. no nos faltase nuestro reverendo padre rector, que entonces era el reverendo padre fray Cipriano de los Dolores, y un letor que se llamaba fray Pedro de San José, vizcayno. Este nos duró poco tiempo, porque tubo por fuerza que huir, pero el tiempo que estuvo en un lugar que está cerca de Salamanca, benía en los días de confesión, bien a peligro de su vida y decía que no sabía cómo estábamos en este campo solar y llenas de enemigos a la puerta.

Dios lo hacía, pues muchas gentes nos tenían lástima y en medio de sus tribulaciones nos encomendaban a Dios. Este confesor se nos marchó, pero nuestro padre rector nunca nos dejó de confesar, pues aunque el gobierno francés nos pusieron confesores clérigos, especialmente al cura de la parroquia, que era el comendador de S. Juan, que es la parroquia de encomienda, este le dijo a nuestro padre rector que siguiese confesándonos y con su licencia y la del ylustrísimo señor obispo y gobernadores nos confesó, pero con reserba que lo supiesen los franceses.

El cual padre rector, desde que les quitaron los hábitos de religiosos, se puso su reberencia en una posada. Por lo que padeció mucho, pues fue tanto lo que le per-

siguieron que había algunas veces, pero siempre con el cuidado y desbello de berirnos a confesar, pues fueron muy raras beces las confesiones que nos faltó. Y tan per-seberante estuvo su reverencia de confesarnos y consolarnos y de alibiarnos, que para poderlo hacer de noche y de día, como sucedió con tres difuntas que murieron en este tiempo, se bino a vivir su reverencia al cuarto del sacristán, adonde estuvo hasta que reunidos los religiosos con su reverencia, el año de 1815, se trasladaron a su colegio de nuestro padre San Elías, el que llebaron en procesión con nuestra Santa Madre Teresa desde nuestro Combento.

El mismo día de la Santa Madre, habiendo hecho la fiesta en nuestra yglesia ambas comunidades y habiendo su reverencia combidado a los religiosos de otras ordenes que binieron a la procesión y mucha gente de la Ciudad con su tropa de soldados y música y que nuestro Padre Rector iba presidiendo con sus religiosos y les acompañaban los señores marqueses de la Escala. Y a la salida de nuestro combento tubieron descargas y cobetes, que parecía una gloria al paso de las penas que havíamos pasado. Fue el gozo tan grande que no es para dicho.

Bamos a los trabajos que pasamos en estos cinco años de tribulación: llegó a tanto nuestra miseria y necesidad que sólo comíamos unas muelas o guisantes secos, llenos de cocos, que nos daban de limosna. Y eso poco, pues cuando teníamos la escudilla llena estábamos muy contentas. Y si conseguíamos unas patatas, era mucho regalo. Con todo, procurávamos seguir nuestra obediencia y ayunos. El pan había tan pocos días que solo tocábamos a dos onzas cada refectorio. Nos andábamos cayendo de necesidad y yo, que estaba de portera, ya me hallaba que no podría resistir y en una ocasión me desconcerté una mano de una caída que di.

Hubo, obligadas de necesidad, que ir a buscar unas yerbas a una huerta que tenemos sin cultivar, por lo que las dichas yerbas, ni sabíamos si eran buenas o malas: estas se cocían y las comíamos sin sal y sin aceite, pues no teníamos para comprarla, aunque muchas beces tenía Dios la providencia que una buena muger de en quando en quando nos daba una aceyterita de aceyte, la que servía para la lámpara del Santísimo y el candil del coro, para rezar el oficio divino a su hora.

Todo estaba por las nubes, pues huebo que se comprase para alguna enferma costaba diez cuartos, y así todo. Una libra de arroz siete reales, una libra de patatas un real. El pan de a cuatro libras, treinta reales. Y no parecía la leña en todos estos años: no tuvimos más que los árboles que tenía la huerta, que eran unos negrillos y unos almendros; mas después que se nos acabaron tubimos más travajo sin leña, sin carbón, y sin comer.

Pero el Señor tubo unas providencias muy grandes con nosotras, porque en el año de más miseria pusimos en un jardincito que tenemos, por que se crían algunas flores y albacas, por la Sacristía, unas granas de berzas y lechuga, que podemos decir se criaron milagrosamente con muy poco cuidado. Pues los tiros del fuer-tín no nos dejaban el salir a regarlas y nos dio el Señor tantas y tan ricas que no las podíamos agotar; y las berzas se dieron unos repollos que muchos años había no se habían comido mejores. Para las enfermas ya nos trahían un poquito de tocino, ya

unos garbanzos: las pobres pasaron artos travagitos y nosotras con la pena de no poderlas alibiar.

La pobre prelada, biéndose en cuánto trabajo, aunque era de gran corazón y de mucha virtud y decía que si lo pasara sola su reverencia tubiera mucho gozo en padecer, pero el que lo padeciésemos sus hijas no lo podía llebar en paciencia, por lo que la misma pena nos la quitó la vida, siendo para la comunidad de singular sentimiento, pues la amábamos mucho y su reverencia a nosotras.

Nos ha quitado el Señor tal madre y en menos de diez días a otra hermana bien moza. Que su enfermedad fue de inflamación interna, que lo que padeció en dicha enfermedad que la duró algunos meses y en ella el santo purgatorio, pues era una compasión el berla padecer. Pues los pedazos de cama cuando curaban, que se desprendían del cuerpo, era de modo cuando ya salió al exterior que no había corazón para berla y decía que ya entonces no sentía tantos dolores y con tanta paciencia que parecía un Santo Job. Se llamaba Vicenta de Jesús.

Para enterrar a estas dos difuntas tubimos que dar parte al francés y pedirle licencia. Este nos tenía señalada sepultura en el cementerio que habían hecho en el campo y nos habían dicho que por ser pobres nos hacían la caridad de dárnosla de limosna. Esto era lo que más sentíamos si se llegaba a verificar. Mas nuestro Gran Padre no lo permitió, pues se enterraron en casa y tubieron el entierro con la asistencia de nuestro padre rector y otros sacerdotes y religiosos de otras órdenes, los que cantaron el entierro como se acostumbra en nuestra religión.

Mas después de haber enterrado a nuestra madre priora, tubimos que dar parte con arto dolor de nuestro corazón a los gobernadores y provisores que estaban puestos por el francés, el cual respondió, no sin gran providencia de nuestro gran Dios, que el no se hallaba para venir a hacer prelada, pero que nos daba licencia para que nosotras la hiciésemos y la votásemos. Según el biese la probaría o la reprobaría.

Nos juntamos en auto de comunidad y, cogiendo los botos la madre más antigua, llamada María Manuela de la Encarnación, como si botáramos a una novicia, sacamos por vicaria a la que estaba de superiora, que era la Madre Lucía de S. Juan de la Cruz.

Se le dio aviso de la dicha elección y por escrito embió la enorabuena y 40 reales de limosna, que en estando para poder venir, que estaba malo, que bendría a bernos. Mas nunca se verificó, pues su salud fue de peor en peor y se murió.

En el año de 1812, a 24 de junio, llegaron a esta ciudad las tropas nuestras que se componía de españoles, portugueses, y el ynglés, que era el capitán o general. Cogieron la plaza y la ciudad, mas los franceses se metieron en un fuertín que tenían hecho enfrente del combento de S. Bernardo, adonde los yngleses pusieron la artillería para combatir al enemigo. Empezaron a dar fuego el día 18 de dicho día, mes y año, el que duró once días, sin cesar ni de día ni de noche y parecía cosa de infierno.

El nuestro combento estuvo en sumo peligro, pues nadie de la ciudad podían venir con recado alguno, pues el francés siempre que descargaba y hacía fuego benían las balas a dar a nuestro combento, las que pasaban por encima de los teja-

dos. Y por un lado y por otro nos cogía el fuego la huerta; pasaban las balas las tapias, las que nos hicieron mucho destrozo. Pero en medio de tanta tribulación y poco descanso, pues no podíamos sosegar ninguna hora, nunca permitió Dios entraran en el interior del convento, ni hacernos daño ninguno, siendo así que no dejamos de seguir con nuestra obediencia y cantar vísperas, misas y maytines los días que correspondían. Pero los maytines del Señor S. Juan no se nos olvidarán en nuestra vida, con el trabajo que se cantaron por lo que llebo dicho.

Por último, los yngleses bencieron y cuando nosotras salimos a la huerta no es para dicho los destrozos que allamos: los sillares de piedras, caídos en el suelo de las tapias; estos y los bugeros que llebo dicho los tubimos que tapar con barro y paja. Que por no haber posibles para que biniesen oficiales a componerlo, las mismas religiosas hicieron de albañiles. Ningún oficial ha puesto mano ni a los demás abugeros que compusieron en cinco años que llevamos después acá, antes los maestros que han entrado a otras obras y lo han visto dicen que a no decirlo las religiosas que no lo creerían, pues que el nos hubiera puesto a hacer otro tanto, pues era ponerse a peligro de su vida y que tubiesen por milagro no les sucediese alguna cosa. El Señor lo hizo, según era la necesidad.

En noviembre de 1813 binieron los yngleses de retirada; los que con los españoles estuvieron en esta ciudad algunos días. Y en el zaguán de nuestro convento pusieron el almacén de galleta y de zapatos, de suerte que no podían las gentes llegar al torno. Pero estábamos muy contentas porque nos parecía estar seguras del enemigo.

Mas en estos días bino una religiosa benita de la villa de Alba, buyendo del enemigo. Era sobrina de una religiosa de Casa. Estubo unos días en nuestra compañía. Se llamaba Doña Bernarda Catalán, natural del mismo Alba de Tormes. Esta dijo cómo los franceses benían a Salamanca.

Era el día 14 del patrocinio de nuestra Señora y aquel día por la tarde empezaron a marcharse las tropas. Y preguntando yo que por qué se marchaban, me respondieron que no tubiésemos miedo, que ellos nos defenderían. Mas al abscurer oímos los tiros de cañón y pensando nosotras que eran los yngleses, y toda la ciudad, era el enemigo. Mas a las 12 de la noche, llamando nuestro padre rector y el señor capellán y todos los de casa, bajamos. Y era para entrar todas en la clausura, pues era tan grande la tribulación que parecía día del Juicio, pues en aquella noche saquearon toda la ciudad y decían que los trabajos que hubo y cosas que hicieron que no se pueden saber hasta el día del Juicio.

A nosotras no nos tocaron: el poder de Dios solo nos libró, pues el señor capellán a las 11 de la noche salió de casa a ver qué sucedía, pues aun pensaba que el ynglés estaba en la ciudad. Encontró guardia francesa y sin saber con quién hablaba le dijo: “¿quien vive?”. “España”, le respondió el capellán. Y le dice el pícaro del francés: “en qué ha parado”. Mas calló el francés. Pasó más adentro de la ciudad y un paysano conocido suyo le dice: “¿pues adónde va Vd.? pues a mi ya me han saqueado por dos beces y se han apoderado los franceses de la ciudad”. Oyendo esto se bolbió a casa sin meterse con él ni la guardia.

Mas al día siguiente tubo que ir el sacristán a buscar el pan a la taona, como hiba todos los días. Mas en el camino le quitaron el talego, un rosario y 24 reales que llebaba suyo y gracias que no le pegaron, pues cuando vino a casa llegó al torno y me dice: "Madre Joaquina, ya bengo a lo militar; no se puede salir de casa". Cerraron las puertas de la ciudad como lo solían hacer cuando a ellos se les antojaba, por lo que muchas becas quedábamos en este campo solas con los enemigos y por dos becas tapiaron la puerta de Villamayor, que es la que está mas cerca de nuestro Combento.

Prosigamos con nuestro sacristán, que en el día siguiente bolbió con mucho miedo, pues aunque dijo arriba que no le pegaron, fue equivocación: que le dieron de golpes. Pero el segundo día no fue así, pues al salir le preguntaron—esto es de las taonas— que adónde llebaba aquel pan, el que le iban a quitar. Mas diciendo que era para las madres carmelitas, le dijo el francés o, por cierto, según tengo entendido era un español que benía con ellos y les llamaban los jurados, que decían que eran en todavía peor que ellos. Este caballero, diciendo que era para las carmelitas, le dijo que si le daba para él una libra que lo traería seguro.

Por lo que todos los días le acompañaba a ir por ello y al benir con su mismo caballo. Esto duró todo el tiempo que estubieron en Salamanca, que fue muy bastante. Pero dicho cavallero nunca llegó al torno, ni entró en el patio, pues a la puerta se lo entregaba y lo mismo hacía todos los días.

No puedo decir las misericordias de nuestro gran Dios en el tiempo de todos estos años de reboolución, pues fueron tantas y muy continuas. Bendita sea su misericordia y el patrocinio de nuestro padre S. José, pues sin saber quién o cómo benían al torno y sin saber quién eran, llamaban. Luego que respondía, me ponían ya 20 reales, ya 40, otras veces 4 duros, y otras 4 cuartos, o seis, pero por lo regular no querían decir quién era, mas que le encomendase a Dios. Esto era más milagro, pues estaba la ciudad muy castigada con contribuciones.

Vino una francesa y me dio once reales, y otra me trajo dos panes de munición, que sin reparar quién lo trabía, ni de dónde benía, lo comimos entre todas; que era tan grande nuestra necesidad que nos pareció y nos supo como si fuera vizcocho, dando muchas gracias a Dios.

Otras muchas cosas podría decir con toda berdad, pues lo que llebo dicho lo podré jurar si fuera necesario, pues lo presencié por haber estado 4 años seguidos de portera, por no poder nuestros reverendos padres hacer elección. Tampoco se hicieron oficios a la prelada, que era la Madre Manuela de S. José. Esta murió y yo, la llamada la Madre Joaquina del Salvador, portera, he quedado para poderlo contar, que no es poco, pues sólo Dios sabe los malos ratos y las lágrimas que derramábamos la prelada y yo. El Señor ya se las habrá premiado en la otra vida y a mi me ha quedado para purgar mis gravísimos pecados.

Paso en silencio la conformidad y paciencia que tubieron estas religiosas, las mortificaciones que se hicieron en común y en particular, las nobenas, y acordándonos de lo que dice nuestra madre Sta. Teresa, para lo que nos fundó, pedíamos con ansias ferborosas al Señor por nuestra madre la Yglesia, por nuestro Santísimo

Padre, por el Rey Católico, nuestro amado Fernando 7º, por los defensores de nuestra madre la Yglesia y por nuestros reverendos padres prelados.

Por cuya obediencia escrito esto en 15 de enero del año de 1817.

Joaquina del Salvador, priora.

Haviendo concludido con la razón cierta y, al leerse a la comunidad, beo que aun me falta todavía que poner otra cosa bien particular.

En el día de la octava de S. Pedro y en el mismo año que se dio la Batalla, entre ocho y 9 de la mañana, se boló el Almacén de la pólbora y pereció mucha gente, pues arruinó muchos edificios, casas enteras, por lo que en muchos días no se oía más que lamentos. Todas las religiosas bolbieron a salir. Y las gentes de la ciudad, creyendo se les caían las casas, se salían al campo y en muchos días estuvieron desenterrando gentes, pues algunas se les hoían gritar, unas no las podían socorrer aunque muchas sacaron debajo de tierra con vida. Esto no lo vimos, mas así nos lo contaron.

Mas en nuestra casa no fue poco milagro que no nos sucediese otro tanto, pues vino como una manta de fuego sobre nuestro combento, pues lo bieron venir las mismas religiosas, pues estaban unas en la huerta, otras en el jardín, todas atemorizadas y tendidas en el suelo. Las que estábamos en casa vimos el fuego entrar por todas las partes: entró por la ventana de la cocina, allí había otras religiosas, pasó sin hacerlas daño ninguno, ni a las que estaban en el jardín.

Andubo el fuego toda la casa y quebró todas las vidrieras del refectorio y el claustro. Y habiendo pasado por el coro, allí sacó un cristal de una parez. Quebró las puertas o batidores de la reja de la yglesia. Y las bidrieras que dan a la huerta, que es las que dan luz al coro, no las tocó. Pero las del arco, las de la yglesia, sacristía, todas las hizo mil miajas: por el cacho más grande sería como de cuatro o seis dedos. Arrancó picaportes de las puertas de los tránsitos y pasó por las celdas y haciendo miajas algunos encerados. En particular, entrando el fuego a una celda de una enferma se bolbió a salir sin tocar a la religiosa más que el encerado de la bentana, pero toda la casa quedó muy destrozada: las paredes, la portería, la puerta del torno la lebantó, los batidores del ocutorio y las paredes, muchas abiertas, y los tejados, por lo que una pared del media naranja se arruinó y con la providencia de Dios la pudimos lebantar, lo que se tardaría como unas tres semanas. Mas quando este fuego, teníamos dos balas del 24 en la portería, llenas de pólbora; y habiendo pasado el fuego por ellas, no las tocó.

El confesor que digo arriba, religioso nuestro, llamado Fr. Pedro de S. José, estuvo confesándonos dos años, o más, mas los padres de nuestro padre Santo Domingo tampoco dejaron en este tiempo de venirnos a confesar siempre que los llamábamos, en particular nuestro padre prior, que era cuando los echaron de los combentos, llamado Fr. Pedro Morille. Estos también binieron a asistirnos a los entierros. Les devemos mucho.

Nunca nos ha faltado la misa, ni días de fiesta, ni días de trabajo, pues desde el principio de la reboolución el Sr. Marqués de Yturbieta nos ofreció el que no nos

faltaría la misa, pagándosele el mismo señor como hasta el día de hoy, que es en enero de 1817. Le da al señor capellán las mesadas, con la aplicación para el mismo señor marqués; que si no hubiera sido por dicho señor, no hubiéramos tenido misa, pues las capellanías que tiene la comunidad están en juro: sus rentas al presente no se cobra nada.

El señor capellán que estaba, y está al presente, nos asiste sin más interés que la misa que llebo dicha y una libra de pan todos los días: se llama D. Manuel García, natural desta ciudad. La demandadera se llama Anita Nieto, viuda; esta nos ha ayudado a mantenernos, pues por su desbello, oyendo baldones de los mismos franceses y a costa de su trabajo de ir a pedir por la ciudad, nos hemos podido ir sustentando.

Dios sea el premio de todo. Amén Jesús. Salamanca, 16 de Enero de 1817.

Esto es un traslado de la misma conformidad que lo escribí y el mismo borrón lo llebaron los prelados para ponerlo en corónica y por su berdad lo firmo y las hermanas varias:

JOAQUINA DEL SALVADOR
priora

MARÍA TERESA DEL CARMEN
sopriora

MARÍA DE LA ENCARNACION
casa

MARÍA DE LA CONCEPCION
clavera